

## V

### El exilio

Jorge Luis Borges eligió morir en Ginebra. Julio Cortázar decidió huir de un país que lo agobiaba, se radicó en París y allí, en el cementerio de Montparnasse, descansan sus restos. Manuel Puig abandonó la Argentina, perseguido por amenazas telefónicas, y nunca volvió, hasta que su cuerpo nómada encontró la muerte en México. No son las mismas razones las que alejan o expulsan a uno y otro de esta tierra; sin embargo, resulta significativo que tres de nuestros más importantes escritores reafirmen a través de sus decisiones una simbiosis que parece condenada a perdurar: la literatura argentina y el exilio. Se ha dicho muchas veces: la literatura argentina fue fundada por exiliados. Así lo creyó Ricardo Rojas cuando proyectó su *Historia de la literatura argentina* y decidió titular “Los proscritos” a los dos tomos que incluían a los escritores que inician nuestra literatura pos-revolucionaria. Se ha dicho también muchas veces: Sarmiento y Hernández son los grandes escritores que da nuestro país en el siglo pasado. ¿Se ha advertido que *Facundo* fue escrito en el exilio y que *Martín Fierro* es la historia de un desterrado?. Cuando el personaje de *Respiración artificial*, la novela de Ricardo Piglia, pregunta desde el exilio: “Perdidos en esta diáspora, ¿quién de nosotros escribirá el *Facundo*?”; está enlazando precisamente esta línea de textos que fundan y consolidan nuestra literatura desde fuera del país.<sup>135</sup>

Ahora bien, si la literatura argentina parece ser consustancial a la experiencia del exilio, pocas veces como en la década del setenta esa experiencia golpeó con tanta crudeza a la sociedad argentina en general, y a los escritores en particular. Antes de avanzar, por lo tanto, resulta conveniente intentar un deslinde semántico. En este sentido, es fácil advertir que el término ‘exilio’ tiene un alcance cuyos límites se confunden y desdibujan toda vez que conviven usos literales con usos metafóricos. Los numerosos sinónimos que acompañan al término no hacen sino aumentar los equívocos. A juzgar por el diccionario, existen algunos matices de interés respecto de este tema<sup>136</sup>:

---

<sup>135</sup> Piglia, Ricardo. *Respiración artificial*. Buenos Aires, Pomaire, 1980; p. 94.

<sup>136</sup> a) *exilio* (y, por ende, *exiliado*, o su variante galicada, *exilado*): 1. Separación de una persona de la tierra en que vive. 2. Expatriación, generalmente por motivos políticos. 3. Efecto de estar exiliada una persona. 4. Lugar en que vive el exiliado.

b) *destierro*: 1. Pena que consiste en expulsar a una persona de un territorio determinado. 2. Residencia del desterrado. (En la definición de *desterrar*, se afirma: expulsar a uno por justicia de un lugar).

c) *deportación*: 1. Pena consistente en trasladar a un condenado a un lugar determinado, normalmente ultramarino.

- 1) Sólo el verbo *emigrar* (ya que no el participio *emigrado*) admite una acepción que considera el acto de abandonar el país en el que se vive como deliberado y no necesariamente forzado;
- 2) Los términos *desterrado*, *deportado* y *ostracismo*, de gran linaje desde la Antigüedad, suponen causas judiciales, basadas en decisiones explícitas de algún poder;
- 3) *Exiliado*, a su vez, se asocia en parte a emigrado, por el desplazamiento territorial; en ocasiones es resultado de un deseo de eludir una probable decisión judicial y, en todos, tiene un fundamento de orden político y no siempre descansa sobre una decisión individual.

Parece obvio agregar que este deslinde semántico no alcanza a explicar la enorme variedad de situaciones de exilio, desde la de aquellos que se fueron del país aunque nadie los persiguiera directamente pero en función de un análisis, personal y político, que aconsejaba la salida, hasta la de los que yéndose lograron evitar persecución y cárcel, pasando por los que se vieron obligados a exiliarse porque consideraban que su vida estaba en riesgo a causa de sus convicciones políticas, reprimidas en general por el poder. Desde luego, una aproximación meramente semántica no puede agotar los alcances que suele dársele al término; se comprende, asimismo, de qué modo esta amplitud puede complicar un acercamiento a la literatura vinculada con o producida en tal situación. De esto también se deriva que hay dos usos del concepto de exilio, uno directo y literal -"estar en el exilio", con todas las consecuencias que puede tener en el orden territorial, de pertenencia, como sistemas de adaptaciones lingüísticas, simbólicas y cotidianas-, y otro metafórico -sentirse exiliado de un sistema, en una cultura, en una comunidad-. Por un lado, entonces, escribir aparece en estas formulaciones como sustituto de una pérdida -del hogar, de la patria, de un orden respecto del cual escribir es una transgresión-, pero esta afirmación requiere considerar una previa, insoslayable: si todo ser hablante tiene a la lengua como hogar, patria, ley, un escritor tiene una específica relación con este componente fundamental, es profundamente consciente de él. Por esa razón, el escritor se sitúa siempre en el límite entre dos esferas; una es la de la patria exterior, por así designar la estructura social en que vive, y la otra es la de lo que hace o se propone hacer en la suya propia. Juan Martini señala: "Quien escribe renuncia al orden establecido, infringe leyes, rompe pactos, queda fuera de la comunidad y en las fronteras de la lengua común".<sup>137</sup>

---

d) *ostracismo*: 1. En la Grecia antigua, procedimiento que permitía a los miembros de la eclesia desterrar por diez años a un ciudadano considerado peligroso por su influencia o ambición. 2. Acción de tener apartada a una persona que no resulta grata.

e) *emigrado*: Persona que vive en la emigración, generalmente por causas políticas. (Estas causas no aparecen en la definición del verbo *emigrar*).

f) *refugiado*: Persona que, a consecuencia de guerras, revoluciones, persecuciones, etc., vive fuera de su país.

<sup>137</sup> Martini, Juan. "Naturaleza del exilio" (En: *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nº 517-519. Madrid, julio-septiembre de 1993; p. 552).

Antes, sin embargo, Jan Mukarovsky había advertido acerca de la saludable paradoja que enfrenta a las normas sociales con las estéticas.<sup>138</sup> En el ámbito de lo social, la norma está por encima del valor: una persona es valorada por respetar las normas; en el arte, el valor desborda la norma, de modo tal que las obras mayores de la cultura humana se caracterizan no por el respeto de las normas vigentes sino por su transgresión. Esta tesis, ya clásica, de Mukarovsky cuestiona, al menos en parte, la idea del exilio de la escritura: si la patria es la lengua, entonces el escritor es un permanente autoexiliado; pero si la patria es la sociedad, el mundo en el que se desarrolla y vive un escritor -y del que, se supone, extrae elementos que conforman su imaginario-, entonces el arte posee cierto estatuto que admite, así sea ambiguamente, por castigo y premio, la transgresión como constitutiva del discurso literario y de su propia razón de ser. Como se ve, aquí se cruzan el uso directo y el metafórico de la noción de exilio con el fin de establecer un marco interpretativo adecuado a la situación histórica que debemos considerar. En efecto, en virtud de diversas dictaduras padecidas por la Argentina, muchos escritores se reconocieron en el exilio, lo sufrieron en su sentido directo y, en algunos casos, lo vincularon con el metafórico refiriéndose a esta situación como desarraigo de la patria exterior y como riesgo de no reencontrar la patria de la lengua a la que pertenecían. Por lo tanto, si los escritores suelen ser exiliados respecto de un orden social-real, en esta circunstancia, por tener que vivir en otro lugar, se sintieron doblemente exiliados.

No resulta sencillo ordenar el caudal de testimonios de intelectuales y escritores que sufrieron la experiencia del exilio durante la última dictadura. Por un lado, porque aunque esa experiencia puede pensarse, desde una mirada exterior, como homogénea, la dimensión subjetiva de quien la ha vivido tiñe cualquier referencia a la misma. En segundo lugar, porque no existe -salvo pocas excepciones- una recopilación de datos sobre el exilio argentino que sirva como sustento donde anclar la experiencia individual. En tercer lugar, porque la recopilación de los testimonios nunca asume la forma de la encuesta -un idéntico formato en el repertorio de preguntas-, sino la de entrevistas abiertas que derivan en el relato de la experiencia sin una sujeción a tópicos predeterminados. Sin embargo, es posible intentar un ordenamiento de esos tópicos a partir de un trabajo de deslinde dentro del corpus de testimonios: como lo adelantáramos en el primer capítulo, se deben citar, al respecto, la recopilación realizada por Jorge Boccanera, los testimonios recogidos en *Por qué se fueron* y en *Exilios (Por qué volvieron)*, el libro que compiló Jorge Parceró para la Biblioteca Política del Centro Editor y la sección

---

<sup>138</sup> Mukarovsky, Jan. "Función, norma y valor estéticos como hechos sociales" (En: *Escritos de estética y semiótica del arte*. Barcelona, Gustavo Gili, 1977).

“Testimonios” del número especial de *Cuadernos Hispanoamericanos*, además de numerosas entrevistas publicadas en periódicos y revistas.<sup>139</sup>

## 1- Algunos datos

1) ¿Por qué se fueron?; 2) ¿quiénes se fueron?; 3) ¿cuándo se fueron?; 4) ¿a dónde se fueron?: las preguntas más elementales para intentar reconstruir aquella experiencia a partir de datos que eviten la paráfrasis subjetiva o el interminable anecdotario no suelen encontrar respuestas fácilmente asequibles. En primer lugar, cualquier tipología que se intente para responder a la primera pregunta naufraga ante una casuística irreductible: decir que la mayoría de los exiliados se fue por causas políticas es afirmar lo obvio, es aceptar una categoría que, por demasiado general, no permite ordenar el corpus; en todo caso, si tenemos en cuenta tanto las causas mencionadas por muchos de los exiliados como las fechas en que emigran, es evidente que existieron dos momentos diferenciables entre las que genéricamente se mencionan como “causas políticas”:

a) Uno -aproximadamente entre el '73 y el '75-, en que el clima de violencia política se asienta en el país como mecanismo habitual para dirimir las luchas por el poder. Resulta inevitable referir los hechos más sobresalientes frecuentemente citados -entre otros: asesinatos en Trelew (agosto del '72), masacre de Ezeiza (junio del '73), asesinatos de José Ignacio Rucci y del Padre Carlos Mujica (febrero y mayo del '74, respectivamente)-; sin embargo, no aparecen, por lo general, en los testimonios referencias a hechos en particular, sino a la imposibilidad y al riesgo de seguir viviendo en un clima de inestabilidad política y de violencia cotidiana que colocaba al país en el límite del colapso institucional. Un hecho, no obstante, es el más mencionado por los exiliados a la hora de evaluar las causas de la partida: el creciente poder en el gobierno de José López Rega, poder que aparecía en las sombras durante la presidencia del general Perón y se hace manifiesto luego de su muerte en julio del '74. López Rega, entonces Ministro de Bienestar Social, organiza la banda parapolicial Alianza Anticomunista Argentina (conocida como “la Triple A”), la que focaliza sus ataques y amenazas en el ámbito de la cultura, especialmente a partir de septiembre del '74. Para entonces, las amenazas y bombas incendiarias no sólo abonaban un clima de violencia; ahora sus destinatarios tenían nombre y apellido.

---

<sup>139</sup> Boccanera, Jorge. *Tierra que anda. Los escritores en el exilio*. Buenos Aires, Ameghino, 1999. Barón, Ana y otros. *Por qué se fueron. Testimonios de argentinos en el exterior*. Buenos Aires, Emecé, 1995. Gómez, Albino. *Exilios (Por qué volvieron)*. Santa Fe, Homo Sapiens / (tea), 1999. Parcero, Daniel y otros. *La Argentina exiliada*. Buenos Aires, CEDAL, Biblioteca Política Argentina Nº 109, 1985. *Cuadernos Hispanoamericanos*. Cit.; pp. 463-568. De manera de no repetir estas referencias bibliográficas, en las sucesivas citas de testimonios haremos constar las iniciales de los títulos -respectivamente, TQA, PQF, PQV, LAE, CH- y el número de página correspondiente.

b) El segundo momento es, obviamente, el golpe militar del 24 de marzo del '76. Si por unos pocos días vastos sectores de la sociedad experimentaron una sensación de alivio debido a lo que interpretaban como un poco de orden ante tal situación de caos y desgobierno, rápidamente esa sensación se diluyó ante el sistemático programa de ataque a cualquier forma de organización gremial y de manifestación popular y de persecución de militantes, sindicalistas, políticos, artistas e intelectuales.

A partir de este marco -en el que nos detuvimos sucintamente, ya que ha sido muchas veces reseñado-, es posible intentar responder a las siguientes preguntas, esto es, quiénes y cuándo se fueron: incluiremos en la nómina especialmente a escritores y a intelectuales y críticos ligados al campo literario:

**1973:** Manuel Puig, Vicente Battista.

**1974:** Nicolás Casullo, Pedro Orgambide, Noé Jitrik, Edgardo Cozarinsky, Tununa Mercado, Mario Goloboff.

**1975:** Juan Gelman, Osvaldo Bayer, Juan Martini, Tomás Eloy Martínez, Mario Szichman, Marcelo Cohen.

**1976:** Héctor Tizón, David Viñas, Eduardo Mignogna, Horacio Salas, Humberto Costantini, Mempo Giardinelli, Osvaldo Soriano, Martín Caparrós, Daniel Moyano, Sergio Bufano.

**1977:** Antonio Di Benedetto, Alberto Szpumberg.

**1978:** Enrique Medina.

**1979:** Cristina Siscar, Rodolfo Rabanal.

La nómina sólo pretende ser un muestrario, ya que, a poco de adentrarnos en cada caso, se deben multiplicar las aclaraciones. Por ejemplo: Osvaldo Bayer se fue en el '75, regresó, y volvió a partir en el '76; Daniel Moyano y Antonio Di Benedetto fueron detenidos el mismo día del golpe militar en La Rioja y en Mendoza respectivamente; sus exilios, por lo tanto, fueron compulsivos como respuesta a numerosos reclamos por su libertad; etc.

La última pregunta, a dónde se fueron, requiere reordenar los nombres según el país en el que los exiliados optaron -o debieron- radicarse:

**México:** Mempo Giardinelli, Humberto Costantini, Noé Jitrik, Tununa Mercado, Pedro Orgambide, Nicolás Casullo, Sergio Bufano, Héctor Schmucler, Jorge Boccanera.

**España:** Héctor Tizón, Daniel Moyano, Antonio Di Benedetto, Juan Martini, Marcelo Cohen, Horacio Salas, Eduardo Mignogna, Alberto Szpumberg, Vicente Battista, Blas Matamoro.

**Francia:** Edgardo Cozarinsky, Osvaldo Soriano, Gerardo Goloboff, Martín Caparrós, Cristina Siscar, Federico Moreyra.

**Venezuela:** Tomás Eloy Martínez, Mario Szichman.

**Estados Unidos:** Rodolfo Rabanal, Enrique Medina.

**Alemania:** Osvaldo Bayer.

También en este caso el orden es sólo indicativo y no incluyo a aquellos que no tuvieron un lugar fijo de residencia y, por razones personales, políticas o laborales, prefirieron un exilio más o menos nómada: tales los casos de Manuel Puig (Brasil, Italia, México), Juan Gelman (Italia, España, Nicaragua) o David Viñas (México, España, Dinamarca).

Ahora podemos intentar otras preguntas: 5) ¿qué tipo de organizaciones crearon los exiliados?, 6) ¿qué tipo de producciones, más o menos colectivas, llevaron a cabo?. Para responder a la primera, basta recorrer los testimonios para descubrir un diseño similar en cada país en donde se radicaron: la creación de comités de solidaridad entre los exiliados. Estos comités tenían múltiples funciones: denunciar ante los países extranjeros y ante las organizaciones internacionales la sistemática violación de los derechos humanos en Argentina; coordinar acciones con comités argentinos de exiliados en otros países; coordinar acciones de denuncia con otras organizaciones de exiliados -especialmente de países latinoamericanos como Chile y Uruguay-; colaborar en resolver problemas laborales y de vivienda a los exiliados que llegaban desde Argentina; organizar actos, exhibiciones, publicaciones y manifestaciones de denuncia, por ejemplo, ante la visita de algún funcionario argentino a los países de residencia -como la nutrida manifestación de repudio ante la visita de José Alfredo Martínez de Hoz a Francia-. Veamos un panorama de las organizaciones en algunos de los países citados.

El exilio en México se organizó a partir de dos comités: el Comité de Solidaridad con el Pueblo Argentino (COSPA) y la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS). El primero fue fundado en 1975 y su primer secretario general fue Ricardo Obregón Cano -el ex-gobernador de Córdoba derrocado en febrero de 1974- , quien a los dos años fue reemplazado por Rodolfo Puiggrós. El COSPA -que extendió sus actividades hasta 1982- se identificaba con el peronismo montonero; el sectarismo y la falta de una mirada autocrítica de sus integrantes provocó que la mayoría de los exiliados que hemos citado se volcara a participar de la CAS. Dice Mempo Giardinelli:

...el comienzo del exilio argentino en México debe situarse hacia el mes de octubre de 1974, cuando comenzaron a arribar a tierra azteca los primeros refugiados. (...) Fui parte muy activa de todo aquello. El exilio fue para mí una tarea incesante, una militancia por la denuncia y la solidaridad. Las luchas por los derechos humanos en el exilio mexicano fueron apasionadas, y yo participé de innumerables debates y polémicas, así como de la organización y funcionamiento del más importante organismo aglutinante del exilio en México: la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS). La cual fue, para la mayoría del exilio, la institución que tuvo una más interesante evolución y la que llegó a reunir a la mayor cantidad de exiliados. (...) La CAS fue fundada en 1975 por los primeros exiliados a causa del isabel-lopezrreguismo, entre los que estaban Esteban Righi, Haydeé Birgin y Rafael Pérez, y a quienes se sumaron desde el inicio otros argentinos que ya estaban en México, como Noé Jitrik, Tununa Mercado,

Máximo Simpson y algunos más. (...) Fue la organización más plural, activa, numerosa y democrática del exilio mexicano, y se financiaba única y exclusivamente con el aporte de los afiliados. (...) En diciembre de 1981 había alcanzado la cifra de seiscientos sesenta afiliados activos y cotizantes... (...) La casona donde funcionó la CAS, en Callejón de las Rosas número 21, Colonia Tlacopac, en el sur de la capital azteca, fue para mí, como para centenares de exiliados, prácticamente una segunda casa durante el exilio. (...) Fue en base a una propuesta de Jorge Bernetti y mía que se dio por terminada la misión de la CAS exactamente el 10 de diciembre de 1983, el mismo día en que Raúl Alfonsín asumió en Buenos Aires la Presidencia de la República. (PQV; pp. 65-67)

El testimonio de Nicolás Casullo resulta coincidente al destacar la importancia de la organización:

En 1976 me desvinculo del comité de solidaridad montonero [el COSPA] y con unos cien compañeros fundamos la CAS, la Comisión de Solidaridad, mucho más abierta, democrática y crítica a los vanguardismos armados de la historia reciente. Ya para mediados de 1977 con Héctor Schmucler, Sergio Caletti, Carlos Avalo y Jorge Bernetti nos constituimos en un grupo de reflexión crítica del ideario político militar guerrillero peronista y marxista. (...) Pasamos a ser en la colonia el "Grupo de los Reflexivos", mientras paralelamente se organizan otros grupos peronistas y socialistas. Unos más ligados a un ideario sindical como el de Pepe Fianza, otros más peronistas ortodoxos como el de Mario Kestelbaum y Alcira Argumedo, otros camporistas con Julio Villar, el Bebe Righi y Rody Gil, y además la Mesa Socialista, donde participaron Portantiero, Aricó, De Ipola, Nudelman, el Tula, Pedroso y otros. (TQA; p. 106)

De estas actividades surgen numerosas publicaciones. Una de ellas es la revista *Cambio*, que se editó entre 1975 y 1981, y fue dirigida, entre otros, por Pedro Orgambide:

Con Juan Rulfo, con José Revueltas (un escritor notable, poco conocido aquí), con Eraclio Zepeda, con Miguel Donoso Pareja y Julio Cortázar, compartí la dirección colectiva de la revista *Cambio*. Esto me permitió leer numerosos textos de escritores mexicanos. (Pedro Orgambide, TQA; pp. 153-154)

Otra, y no menos importante, fue la revista *Controversia*, la que tuvo fluidos contactos con la argentina *Punto de Vista*:

Para fines de 1979 el Grupo de los reflexivos se divide en dos, y el subgrupo en el que participo con Schmucler, Caletti, Avalos, Bernetti y Adriana Puiggrós decide participar en un proyecto de revista teórica, política y crítica que yo había conversado con integrantes de la Mesa Socialista, con el Negro Tula y Aricó. Durante dos años, hasta 1981, en un acuerdo entre ambos grupos editamos catorce números de la revista *Controversia*, revista que creo fue el esfuerzo más sostenido, político, reflexivo y de jerarquía que produjo el exilio argentino en cualquier parte,

tanto sobre la problemática de los montoneros, el ERP, el peronismo, el marxismo, la democracia en lo nacional, como introduciendo en sus páginas muchos textos, ensayos y artículos de las revisiones y crisis que estaba viviendo el campo de la izquierda internacional. (Nicolás Casullo, *TQA*; pp. 106-107)

De entre esa actividad, también es necesario mencionar el proyecto de la editorial Tierra del Fuego, organizado por Pedro Orgambide, David Viñas, Humberto Costantini, Alberto Adellach y Jorge Boccanera. Entre otros textos, editaron en 1977 la antología *20 cuentos del exilio*, con relatos de exiliados latinoamericanos y prólogo de García Márquez.<sup>140</sup>

Respecto del exilio en España, Mario Paoletti -quien fuera detenido, como Moyano, en La Rioja el día mismo del golpe militar y liberado después de cuatro años de cárcel- describe las organizaciones que allí operaban:

Estaba fragmentado en tres organizaciones: el Club para la Recuperación de la Democracia, que era un foro de discusión y sacaba la revista "Resumen" (que era, precisamente, un resumen de las noticias producidas en Argentina); el Centro Argentino, que era el más combativo y cuyos integrantes dieron nacimiento a la CADHU; y la Casa Argentina, con objetivos más bien sociales: asado, fútbol, dulce de leche y Troilo. El Club fue el que más duró -incluso hasta después de Alfonsín- y el que se mantuvo más homogéneo. El Centro llevaba el peso principal de las tareas de denuncia, y logró reunir el apoyo activo de intelectuales prestigiosos: García Márquez, Graham Greene, el ya mencionado Cortázar, Galeano, etc. Era, también, el que representaba a las Madres de Plaza de Mayo. Estaba constituido por marxistas de todos los matices. Casi todos habían sido revolucionarios activos. (*PQF*; p. 40)

Por su parte, Horacio Salas hace referencia a la labor del PEN Club latinoamericano:

En España, en 1978, fundamos el PEN Club latinoamericano en el exilio, con el crítico uruguayo Carlos Rama (presidente), David Viñas, Juan Carlos Onetti, José Donoso (vicepresidentes) y como secretarios Héctor Tizón, Pedro Shimose y yo. Fue una forma de reunirnos. (*TQA*; p. 183)

De entre las publicaciones, hay que mencionar uno de los principales libros editados en el exilio: la versión española de un texto publicado originalmente en francés como *Argentine: une culture interdite*, que en España llevó el título *Argentina cómo matar la cultura. Testimonios: 1976-1981*, y fue editado por la Editorial Revolución en 1981. El libro fue preparado y promovido por Envar el Kadri -un militante peronista exiliado en Francia, quien prefirió utilizar el seudónimo de "Juan José Hernández

---

<sup>140</sup> Sobre el exilio en México, también pueden leerse: Jitrik, Noé. "La literatura del exilio en México (Aproximaciones)" (En: Kohut, Karl y Pagni, Andrea [eds.]. *Op. cit.*; pp. 157-170); y

Arregui”<sup>141</sup>- y financiado por la A.I.D.A. (Asociación Internacional para la Defensa de los Artistas víctimas de la represión en el mundo). El libro contiene, alternativamente, testimonios de artistas e intelectuales (entre otros, Alberto Adellach, Carlos Alberto Gabetta, Eduardo Galeano, Fernando Solanas, Mercedes Sosa, Ignacio Colombres, Vicente Zito Lema), y documentos de la prensa escrita en Argentina, en su mayoría artículos de los diarios *La Nación* y *La Prensa*, recogidos en su momento por *Resumen*. Contiene, además, poemas de Juan Gelman y Alberto Szpumberg; se abre con un “Prefacio” de Miguel Ángel Estrella y se cierra con un breve texto de Julio Cortázar: “El trigo-pueblo o la pirámide del despotismo”. En las pp. 215-219 se publican los nombres de “Cien artistas argentinos desaparecidos”, y a continuación, con el título “A pesar de todo, los argentinos resisten”, se reseñan algunos hechos y proyectos de resistencia a la dictadura en el país y en el exilio.<sup>142</sup> Por tratarse de un libro cuyo objetivo central es la denuncia de la dictadura militar en Argentina y de sus acciones sistemáticas contra el mundo de la cultura, lo que entonces era más o menos novedoso, hoy ya no lo es; su mayor valor radicó en la oportunidad de su publicación y en el efecto que pudo producir en sus lectores europeos.<sup>143</sup>

Néstor Ponce, escritor exiliado en Francia, da su testimonio sobre el exilio en ese país:

Una vez llegado a Francia, en febrero de 1979, uno de los objetivos era poder participar en la política de denuncia de la represión existente en Argentina. Para esto existían instancias organizativas que ya databan de algunos años; fundamentalmente eran tres: el CAIS (Centro Argentino de Información y Solidaridad), fundado en 1975 por un médico argentino; el COSOFAM (Comité de Solidaridad con los Familiares de los detenidos, desaparecidos y víctimas de la represión), y existía un grupo más pequeño, de orientación trotskista, que concentraba a algunos trabajadores exiliados sindicalistas. En el momento de nuestra llegada se había producido una situación crítica en el seno de estos organismos puesto que hasta 1978, hasta el Mundial de fútbol, estas organizaciones habían estado hegemonizadas por diferentes tendencias políticas y se libraba una batalla por el control de las mismas. Yo creía que era necesario obviar las diferencias políticas y concentrar los esfuerzos en las tareas de denuncia y

---

Yankelevich, Pablo (coord.). *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*. México, Ed. Plaza y Valdés, 1998.

<sup>141</sup> En la portada se lee: “Textos reunidos y presentados por ‘Juan José Hernández Arregui’, seudónimo adoptado por el autor en homenaje a un gran intelectual peronista, forjador de la conciencia nacional argentina, muerto en Buenos Aires en 1974”. El “Prefacio a la edición en castellano”, firmada por Alberto Adellach, Mariano Aguirre e Ignacio Colombres, está fechado en Madrid, septiembre del ‘81.

<sup>142</sup> Se citan, por ejemplo, las siguientes publicaciones en el exilio: “*Controversia* (México); *Testimonio Latinoamericano* (Barcelona); *Resumen* (Madrid); *La República* (Francia); *Denuncia* (Estados Unidos); *Sin Censura* (Estados Unidos y Francia)”. (p. 224)

<sup>143</sup> Sobre el exilio en España, también puede leerse: Martini, Juan Carlos. “Exilio y ficción. Una escritura en crisis”. (En: Kohut, Karl y Pagni, Andrea [eds.]. *Op. cit.*; pp. 141-146).

solidaridad; finalmente me integré al CAIS, que estaba controlado globalmente por los montoneros. Me sumé al trabajo de la Comisión de Prensa y Cultura, que tenía como principal misión la difusión de la situación represiva en Argentina, y editamos una revista de cultura, de la que salieron tres números, que incluyeron textos de, entre otros, Julio Cortázar, Osvaldo Soriano, Osvaldo Bayer, Vicente Zito Lema, obras de creación y artículos de denuncia. Además, editamos un boletín con información sobre Argentina que lográbamos de agencias internacionales, del que salieron cerca de sesenta números y que hacíamos circular entre la prensa francesa. Organizamos debates en escuelas públicas, peñas que nos servían para financiar el boletín, y exposiciones ambulantes de fotos sobre Argentina.<sup>144</sup>

El músico Néstor Gabetta también recaló en París, y brinda un panorama de los principales nombres del exilio francés:

El trabajo me permitió descubrir un sentimiento de pertenencia continental. (...) Integré un vasto movimiento con notables y también con queridos anónimos que pechaban por lo mismo: Galeano, Viglietti, Los Olimareños, Osvaldo Soriano, el Tata Cedrón, Julio Le Parc, Daniel Moyano, Cortázar, Héctor Cattolica, Osvaldo Rodríguez, Cacho El Cadre [sic], Pancho Cabral, Quique Font, el alemán Gall, Coco Ruffa, Matilde Herrera, Juan Saavedra, Héctor Zampaglione, Carlos Gabetta, Ricardo Carpani, entre tantos otros. Compatriotas y luchadores. Aprendí mucho con todos ellos. (PQV; p. 55)

Además del libro *Argentine: une culture interdite* -que ya citamos en su edición española-, en 1981 aparece uno de los documentos más importantes del exilio: el número especial dedicado por la célebre *Les Temps Modernes* a la situación argentina ("Argentine entre populisme et militarisme", N° 420-421. París, Juillet-Août 1981). El número fue preparado por César Fernández Moreno y David Viñas e incluye artículos, entre otros, de Juan Carlos Portantiero, León Rozitchner, Julio Cortázar, Noé Jitrik, Juan José Saer y Beatriz Sarlo (que publicó su artículo "Misère de la culture argentine", bajo el seudónimo "Martin Eisen"). A diferencia del libro recopilado por El Kadri, aquí la denuncia convive con el análisis político (cfr. el artículo de Portantiero), el ensayo de mayor aliento (cfr. el trabajo de Jitrik, "Sentiments complexes sur Borges") y el breve ensayo de opinión (cfr. "Exil et littérature", de Saer, recopilado años después en su *El concepto de ficción*, de 1997). En el testimonio de Viñas,

Lo más considerable de lo que he leído (escrito en el *exilio exterior*) son trabajos de Antonio Di Benedetto y de Héctor Tizón. Un mendocino y un jujeño. Aclarándote que, por limitaciones culturales (por lo menos) no pude leer sistemáticamente lo que tendría que haber leído... Con todo, creo que lo más considerable fue el número de *Temps Modernes* íntegramente dedicado a la Argentina, dirigido por César Fernández Moreno, aparecido

---

<sup>144</sup> El testimonio es inédito y me fue cedido gentilmente por Ponce en una cinta grabada.

en diciembre de 1981... Y que contenía trabajos de Portantiero, Osvaldo Bayer, Juan Gelman, Beatriz Sarlo, Oscar Braun Menéndez, León Rozitchner, Cristina Iglesias... (LAE; p. 172. La cursiva en el original)

Entre otras publicaciones con sede en Francia aunque de alcance mayor, también pueden citarse la revista *Sin Censura*, editada por Osvaldo Soriano y Julio Cortázar, y el periódico *La República*, a cargo de Hipólito Solari Irigoyen:

Mi gran experiencia en el periodismo político en el exterior la tuve en *La República*, un periódico de lucha y de opinión editado por la Oficina Internacional de Exiliados del Radicalismo Argentino (OIERA), el organismo en el que nos agrupamos todos los radicales que tuvimos que abandonar el país por motivos políticos. Era editado por radicales, pero en sus páginas escribían demócratas que sustentaban otras opiniones. Su subtítulo presentaba al diario como “vocero de la democracia argentina en el exilio”. (LAE; p. 141)

Otros testimonios dan cuenta de la actividad de los exiliados argentinos en otros países.

Y en cuanto llegué a Alemania comprendí que había que movilizarse e informar. Imité el proceder de los exiliados alemanes en la década del treinta, que para mí fueron un modelo de conducta: denunciar el crimen día y noche, en la calle, en la tribuna, en los diarios, en la televisión... (...) He hablado exactamente en doscientos cinco actos hasta ahora. Un grupo de argentinos ejemplares, casi todos salidos de las cárceles, crearon el Comité Argentino para la Democracia, donde no hay divisiones políticas. Además contamos con el apoyo de jóvenes alemanes. (Osvaldo Bayer, TQA; p. 79)

En Italia, como en todos los otros países, se creó un Comité Argentino. Allí se llamaba CAFRA (Comitato Antifascista contra la Repressione in Argentina). Este comité se ocupaba fundamentalmente de denuncias y solidaridad. En realidad la información que nosotros más conocíamos, era aquella que el pueblo argentino ignoraba. Es decir la represión. Nosotros estábamos al tanto de todo lo que ocurría en materia de represión. Sabíamos de muchos campos de concentración y dónde estaban ubicados... (Virginia Giussani, LAE; p. 57)

Después conocimos a otros residentes del Centro [se refiere al Centro de Inmigrantes -o de “absorción”, de acuerdo con la denominación hebrea- en Jerusalén]: familias enteras que habían escapado del golpe en la Argentina, algunos “veteranos” de Chile que habían sido sacados de las prisiones pinochetistas, un par de parejas uruguayas. Pero no se vaya a creer que el Centro era un antro de izquierdistas latinoamericanos obligados a emigrar. Éramos una fuerte minoría... (Ismael Viñas, LAE; p. 65)

Una mención especial merece el exilio latinoamericano en Suecia, ya que es el único caso que conocemos en que existe un trabajo documentado al respecto.<sup>145</sup> Citamos algunos datos del artículo de Rossiello:

En 1970 había en Suecia 71 ciudadanos uruguayos y 632 argentinos. En 1975 las cifras eran de 477 y 640 respectivamente; en 1980, 2101 y 2211. (p. 553)

Entre 1970 y 1975 no se publica ningún libro. En 1976, sólo uno; al año siguiente uno; en 1978 cuatro, de los cuales uno es una obra colectiva de autores no suecos que incluye algunos latinoamericanos... (...) Hacia 1979 puede ya apreciarse un cierto “despegue”: seis libros publicados... (...) Y en 1982 se publicaron ya doce títulos. (p. 554)

De entre los argentinos con más actividad político-cultural en Suecia, puede mencionarse a Cristian Kupchick.

## 2- Las múltiples tradiciones del exilio

El exilio argentino de los setentas no fue una experiencia inédita: múltiples testimonios tienden a enlazar esa experiencia con tópicos fuertemente arraigados en la tradición cultural de Occidente, ya sea la tradición judeocristiana, ya la antigüedad clásica. Dos artículos, publicados en revistas argentinas, nos pueden servir de referencia al respecto: “Elogio del exilio” de Leszek Kolakowski y “Recuerdo del invierno” de Edward Said.<sup>146</sup> Los dos artículos coinciden en remitir la problemática del exilio a una controversia de índole religiosa. En efecto, la metáfora del desarraigo (que iguala al hombre con una planta: quitar de raíz), de la pérdida de la tierra propia, no sólo está presente en la tradición judeocristiana, sino que aparece a menudo en pensadores que abrevan en otras tradiciones. La experiencia del exilio, como toda experiencia traumática, requiere del sujeto que lo experimenta una explicación que no se limite a los imperativos de índole política, ligados a la circunstancia o los avatares de la coyuntura histórica. Esa explicación requerida deriva con insistencia al origen, y allí aparecen las religiones y sus mitos fundacionales: Adán y Eva expulsados del paraíso. Como afirma Kolakowski, “para los pueblos del Libro, tanto judíos como cristianos, el exilio es sin duda la condición normal e inevitable de la humanidad sobre la tierra” (p. 51). Como correlato de esta idea, la concepción de la vida como tránsito, como itinerario de regreso a la tierra prometida. Ningún lugar en la tierra es el lugar propio, el

---

<sup>145</sup> Rossiello, Leonardo. “La literatura del exilio latinoamericano en Suecia (1976-1990)” (En: *Revista Iberoamericana*, Nº 164-165. Pittsburgh, julio-diciembre de 1993; pp. 551-573)

<sup>146</sup> Kolakowski, Leszek. “Elogio del exilio” (En: *Vuelta Sudamericana*, Año I, Nº 1. Buenos Aires, agosto de 1986; pp. 50-52). Said, Edward. “Recuerdo del invierno” (En: *Punto de Vista*, Nº 22. Buenos Aires, diciembre de 1984; pp. 3-7). Puede citarse, además, el capítulo “Exilio intelectual: expatriados y marginales” (En: Said, Edward. *Representaciones del intelectual*. Barcelona, Paidós Studio, 1996; pp. 59-73).

lugar que buscamos no es de esta tierra: el ecumenismo católico se basa, entre otras, en esta idea. Kolakowski cita un episodio referido a Anaxágoras: “cuando le preguntaron si echaba de menos su tierra natal, respondió que efectivamente la echaba de menos, pero lo hizo señalando al cielo” (p. 52). Para citar un ejemplo más cercano, parece inevitable recordar el conocido y ambiguo final del cuento de Rulfo “Nos han dado la tierra”: “La tierra que nos han dado está allá arriba”. No obstante, la transitoriedad del exilio implica un dolor y un sufrimiento que algún día serán recompensados. Como dice Said: “Esto puede verse en los relatos del exilio de una nación antes de lograr un Estado, o el exilio de un profeta que es previo a su retorno triunfal: Moisés, Alá, Jesús” (p. 6). Por otra parte, la tradición poética no hace más que reforzar, en numerosos casos, la raíz religiosa de la tierra perdida en el mismo momento en que otra figura bíblica, la de Caín, sirve para referir la causa del destierro. En el exilio español, por ejemplo, Luis Cernuda hablará de los enemigos como “caínes sempiternos” y Blas de Otero llamará “Abel” a la víctima emblemática de la guerra.

Pero cuando hablamos de exilio político nos alejamos de los sentidos metafóricos y nos acercamos a las acepciones que el diccionario consagra. En esta dirección, Edward Said postula una tipología que resulta de interés en nuestras reflexiones. Según Said, “el exilio se originó en la antiquísima práctica del destierro” (p. 5). Así, identifica *exilio* y *destierro*: el poeta latino Ovidio en Tomi es un ejemplo clásico; Víctor Hugo en Jersey, un ejemplo de la era moderna. Por el contrario, la noción de *refugiado* es una creación del Estado del siglo XX. Designa “los enormes rebaños de hombres y mujeres despavoridos e inocentes, necesitados de ayuda internacional” (p. 5). En tercer lugar, los *expatriados* viven voluntariamente en un país extranjero, por motivos personales o sociales: Hemingway o Scott Fitzgerald en Francia. Por último, los *émigrés* tienen un estatuto ambiguo. Así, Said recupera con el término en francés en el original la ambigüedad de nuestro diccionario; en efecto, el *émigré* puede ser o bien un exiliado político que ha dejado de serlo y decide continuar viviendo en el exterior (en nuestro país, se puede citar el caso de Manuel Puig); o bien un emigrado voluntario que se convierte en exiliado forzado debido al acontecer político de su país (el caso de Julio Cortázar durante la última dictadura). Sin duda, esta tipología podría ampliarse o perfeccionarse; de hecho, la situación en el siglo XX da cuenta de una suerte de nomadismo creciente en el mundo del arte, de procesos de hibridación cultural, sean o no originados compulsivamente. George Steiner, en *Extraterritorial*, postula que el carácter de la literatura del siglo XX está marcado por esta hibridez ocasionada por los exilios. Dice Steiner: “Parece lógico que quienes producen arte en una sociedad casi bárbara, la causa de tantos hombres sin hogar, sean poetas despojados, que deambulan a través del lenguaje”.<sup>147</sup> La imagen final de Steiner condensa el exilio geográfico y el

---

<sup>147</sup> Citado por Said, Edward. *Cit.*; p. 5.

exilio de la lengua. Blas Matamoro, en una entrevista sobre el exilio argentino, llega a idénticas conclusiones: el exilio como constitutivo de la condición de escritor, los exilios forzados (los alemanes durante el nazismo, los españoles durante la guerra civil), los exilios voluntarios y productivos (Joyce, Beckett, Ionesco, Adamov). (*LAE*, pp. 95-102)

En el caso argentino, la referencia al *Génesis* es frecuente; puede citarse el texto de Jorge Boccanera que abre de este modo su recopilación:

Todo lo que no es útero es intemperie. El destierro como sanción comienza cuando expulsan a Adán y Eva del Paraíso. De allí en más se extiende en forma de epidemia desde los pueblos antiguos hasta la actualidad. (...) La medida punitiva comienza a implementarse en Atenas y se hace refinada en Roma, ya que cuando se deporta al opositor, éste pierde ciudadanía y derechos, y se confiscan sus bienes. (*TQA*; p. 14)

En el “Epílogo” que escribe Santiago Kovadloff para los testimonios recopilados por Albino Gómez, se recupera la misma idea:

Lo que interesa recordar es que la historia del exilio es la historia de la especie, porque empieza con Adán. (...) Platón cuenta en la *Apología* (500 años A.C.) que la alternativa de Sócrates cuando es enjuiciado por la Asamblea es el suicidio o el ostracismo. Sócrates elige el primero porque entiende que un hombre fuera de su contexto no es nadie. (*PQV*; p. 221)

En dos momentos, Héctor Tizón vuelve sobre las referencias a la antigüedad:

Al gran maestro [Sócrates] le parecía entonces más aceptable y digna la muerte que la perspectiva de emigrar, a su edad, y andar de ciudad en ciudad expulsado. (*TQA*, p. 85)

Fui a visitarlo [se refiere al escritor rumano Vintila Horia] con mi hijo Ramiro, nos recibió con generosa amabilidad y nos regaló un ejemplar de esa novela, que aún conservo. Era, o es, una autobiografía supuesta de Ovidio, desterrado por el emperador Augusto en los extremos del Imperio, que comienza con esta frase: “Cierro los ojos para vivir”. (*PQV*; pp. 195-196)

Pero además de las tradiciones citadas, también es posible encontrar otras variantes del tópico que estamos comentando, por ejemplo cuando Juan Gelman declara su interés por los místicos y cabalistas “por la visión exiliar del mundo” (*TQA*; p. 49), o cuando Pedro Orgambide asocia la noción de exilio con “la *condena de la diáspora*, con la metáfora del judío errante” (*TQA*; p. 155. La cursiva en el original). De entre estas variantes, una recurrente es la que se remite a una historia más cercana: los exiliados argentinos están desandando el camino de sus abuelos, como si formaran parte de una historia mayor de itinerancia que ahora los engloba. El sueño americano, la “gran promesa”, el *fare l’America*, es ahora el sueño disuelto que obliga al retorno al origen: como Minelli, el personaje de Juan Martini

que viaja a San Sisto para encontrar el equívoco de un nombre (cfr. *Composición de lugar*. Buenos Aires, Bruguera, 1984), los exiliados a menudo fueron abandonando la idea de experiencia única, para reconocerse partes de un vasto proceso de migraciones. Según Osvaldo Bayer:

El campesino tirolés que fue a plantar mieses y a herrar caballos lleno de ilusiones y de futuro regresa cien años después, desesperanzado, sin herramientas. El azul se ha convertido en gris. El emigrado económico del siglo pasado regresa como emigrado político. (...) Y yo, hijo de una tierra que los recibió a ellos, me encontraba exiliado en la tierra que los exilió a ellos. (TQA; 250)

En el mismo sentido, dice Alberto Szpumberg:

El [su abuelo] era de un pueblo enclavado de la frontera de Rumania que en una semana fue ocupado por seis ejércitos diferentes. Un día los austrohúngaros, otro los checos y así. El decía que en seis días había jurado seis banderas (...). Sé que a mi exilio lo relacioné con el exilio de mis tíos, de mis padres, de mis abuelos. Pero me imagino que a Cacho El Kadre [sic], de origen libanés, le pasaría lo mismo. El exilio es un largo aprendizaje. (TQA; p. 174)

Argentina es un país que expulsa: si esta afirmación, frecuente entre los exiliados, es cierta en un nivel que podríamos llamar, en un sentido general, político, parece ser consustancial -como dijimos al comienzo- con la práctica cultural y literaria. De manera que si se trata de incluir la propia experiencia en un proceso mayor que la engloba, algunos exiliados han optado, según vimos, por anclar en la tradición de la antigüedad; otros, más modestamente -o más políticamente- prefirieron insertar su historia reciente en la tradición vernácula. Sin embargo, no todas las miradas son iguales, ya que las referencias varían de uno a otro testimonio. La primera de ellas, quizás la más obvia, remite a los proscriptos del rosismo; así lo testimonia Héctor Tizón:

-¿Argentina, es tierra de expulsados?

-Nuestra historia nacional comienza con los proscriptos, al menos en la historia de Ricardo Rojas (exiliados durante la tiranía del Ilustre Restaurador de las Leyes); es curiosa la homologación con aquello de "Proceso de Reorganización Nacional", no creo que Argentina se dedique a expulsar gente. (TQA; p. 82)

Y Blas Matamoro:

...un escritor argentino puede escribir fuera del país para la literatura argentina: la literatura argentina fue fundada por emigrados. En la época de Rosas, estaban los que se fueron, como Sarmiento, Alberdi, Echeverría, pero además el escritor oficial de Rosas era un napolitano emigrado por

razones políticas, Pedro de Angelis. Casos de emigrados hay todo el tiempo. (LAE; p. 101)

En los proscriptos, entonces, está el inicio no sólo de la literatura sino de la "historia nacional"; Matamoro irá incluso más lejos: "La Argentina fue antes una literatura que un país" (PQF; p. 229). Independientemente de la validez de esa hipótesis, la actitud de poner la literatura por encima -o en el origen mismo- de la configuración de una nacionalidad permite ser leída también desde los años de la dictadura: si estos exiliados se reconocen en aquellos proscriptos, resulta evidente la deliberada extensión de las fronteras de *lo nacional* y la necesidad política de negarle al régimen el patrimonio de los rasgos definitorios de la nacionalidad. Pero las referencias no se limitan a los proscriptos: parten de allí en un itinerario cuyas escalas no siempre coinciden:

Uno puede pensar una historia de exilios y omisiones, como una constante de la vida nacional, comenzando por el largo exilio del general San Martín (...). Esa imagen me parece premonitrice de otras: la de Juan Bautista Alberdi, por ejemplo, el gran ausente que vivió lejos de su tierra durante cuarenta y seis años (...). Destierros, omisiones. ¿Cómo no pensar en Manuel Ugarte, el escritor y luchador antiimperialista, poco o mal conocido en Argentina?... (Pedro Orgambide, TQA; p. 152).

-¿Crees que este país expulsa?

-Sí, absolutamente. Haciendo un análisis de tipo histórico, éste es un país expulsador. Si uno piensa, es casi un lugar común, de un lado y otro de la ideología, que San Martín, Rosas, Alberdi, Sarmiento, murieron en el exilio, algo pasa, que Perón estuvo dieciocho años en el exilio, y además pensemos la enorme cantidad de intelectuales, científicos y la gente que va por las suyas a trabajar afuera. La Argentina expulsa. (Horacio Salas, TQA; pp. 177-178)

En gran parte somos una historia de expulsión. (...) El primer y único dato fuerte de nuestra Revolución es la expulsión de Moreno (...). Lo expulsado es la historia inencontrable, la del vencido, la que explicaría todo, la necesitada de re-unir con la que se vive. El expulsado, el extranjerizado, no sería el bárbaro, sino el que cuenta el corazón de la patria en manos de otros. (...) Pero el juego de espejos vuelve a irisarnos la historia: San Martín, Rosas, Perón. Cortázar y Borges tendrán una primera o definitiva sepultura allá, en una expulsión obligada o elegida, o en un reencuentro con las comarcas donde "la historia parecería suceder siempre de verdad", donde tendría sentido reposar eternamente. (Nicolás Casullo, TQA; pp. 96-97)

Fue todo difícil. No sólo para mí. La Argentina es difícil. Terriblemente difícil, y si uno quiere pelear es más difícil todavía.

-Ocurre que lo dejan fuera de juego.

-No sólo a mí, a Mariano Moreno, a San Martín, ahí puedo hacer una lista. (Jacobo Timerman, PQF; p. 360)

De Moreno, Rosas y los proscriptos, San Martín, Alberdi, Sarmiento, Ugarte, Perón a Cortázar y Borges, los exiliados marcan en sus respuestas un itinerario ilustre que oscila entre la mera referencia histórica a la plena identificación -en la respuesta de Timerman, por ejemplo-. Pero no sólo el exilio *externo* permite la identificación con figuras del pasado nacional; algunos escritores optan por trazar una genealogía del exilio *interno*, y al hacerlo, invierten la mirada valorativa sobre los hechos del pasado:

-¿Siempre expulsó?

-Es un lugar común; todos los casos, San Martín, Rosas; pero yo te diría toda la gente que está en la frontera; agarrá los ranqueles de Mansilla y te das cuenta de la cantidad de gente que estaba al margen. El modelo ahí es la primera parte del Martín Fierro, excluidos; entre otras cosas no entran en los momentos de la modernidad. (...) Quiénes fueron expulsados, quiénes no tenían voz. En gran medida el radicalismo clásico, entonces, ¿sí?, anarquistas y socialistas; anarquistas especialmente. Luego, quiénes son los que no participan de la modernidad: todos los tipos que van a aparecer el 17 de octubre. (David Viñas, TQA; p. 131)

Hay un exilio externo y uno interno. (...) Los caudillos, que al fin no eran tan locos, salvajes y absurdamente heroicos como se dijo, padecieron el exilio interno, en defensa de los intereses que representaban. Y los unitarios, que tampoco eran tan finos, exquisitos y nobles como pretende Grosso, padecieron el exilio externo, al amparo de otras aristocracias... (Alberto Adellach, TQA; pp. 219-220)

Resulta visible que en el trazado de una diferente genealogía se está polemizando sobre el presente; así, Viñas y Adellach -aun habiendo sido exiliados- parecen rechazar los supuestos privilegios de una tradición ilustre y el reclamo de un reconocimiento social acorde con ella, para cambiar el foco de atención sobre las otras, silenciosas e innominadas, víctimas de la dictadura.

Pero si continuamos el itinerario hacia nuestros días -especialmente en la lectura de los testimonios de *Por qué se fueron*, en el que conviven escritores con profesionales, artistas y científicos- dos resultan los momentos de expulsión más citados: la década del primer peronismo y el golpe de Onganía del '66 -con su "noche de los bastones largos"-. Claro está, no se trata, en su mayoría, de exiliados de la última dictadura, sino precisamente de quienes decidieron abandonar el país en fechas cercanas a los dos momentos políticos citados, de modo que sus testimonios escapen a nuestro interés específico. Sin embargo, es interesante ver hasta qué punto el itinerario parece no cortarse y, más allá del nombre que adopte -"fuga de cerebros" fue la fórmula más común desde el Onganiato-, pondría de manifiesto líneas más del orden de la continuidad que de la ruptura o la experiencia inédita aunque a veces el relato de esa experiencia adopte la forma de lo excepcional e irrepetible.

### 3- Los relatos de la experiencia

¿Cómo ordenar el relato múltiple y diferenciado de la experiencia del exilio? ¿Es posible encontrar en el aparente caos que ofrece el relevamiento testimonial algunos tópicos recurrentes que permitan trazar un panorama del exilio argentino en años de la dictadura?. Dado el carácter subjetivo de cada testimonio -a menudo relatado como experiencia de vida-, toda fragmentación de los mismos en busca de constantes parece lesionar la coherencia interna del relato de cada experiencia. Sin embargo, las constantes abundan y la estructura de cada relato con frecuencia se superpone e intersecta con otros. En este sentido, hemos identificado una serie de tópicos que permiten ordenar la heterogeneidad del corpus.

El primero de ellos es el más obvio: el exilio conlleva dolor, desarraigo, pérdida del hogar, rupturas afectivas, duelos. Con mayor o menor énfasis, los escritores dan cuenta de pérdidas personales que agravan irreparablemente el drama del destierro:

-¿Tus hijos, cuándo desaparecen?

- A la nena la mataron... qué sé yo, no ha vuelto a aparecer, es un desastre. Yo recibí una carta de Buenos Aires estando en Europa, en el 76, una carta de Adelaida, mi compañera, la madre de los chicos, que evidentemente no tenía un mango, porque todo el sobre estaba cubierto de estampillas de diez centavos. Y con lo de Lorenzo Ismael, un alma bella argentina me llamó al Escorial por teléfono a la madrugada, año 79. ¡Esperá un segundo! -le dije- Pero... ¿por teléfono me lo decís? Por ese lado, infernal, terrible. (David Viñas, *TQA*; p. 125)

Me fui en 1979, un año y medio después del secuestro y desaparición de mi marido, Juan Miguel Satragno, mi hermana Silvia y mi cuñado Rubén Salazar. A mi padre lo vigilaban y le revisaban el auto; y mi madre, que había sido sometida a un interrogatorio y recibía llamadas anónimas, llegó a rogarme que me fuera, ella, que hubiera querido guardarnos a todos en su casa. Me fui sin plan, sin contar con ninguna clase de apoyo o relaciones en el exterior, sin idea de nada. (Cristina Siscar, *TQA*; p. 51)

En ese año trabajó en Roma en la agencia Inter Press Service. El 26 de agosto de 1976 fue secuestrado su hijo Marcelo Ariel junto a su esposa, embarazada, María Claudia Iruretagoyena. (Jorge Boccanera sobre Juan Gelman, *TQA*; p. 39)

La nostalgia del país en el exilio son muchas cosas: mi madre falleció cuando yo estaba en el exilio. Y esos golpes son realmente duros, porque dan en la matadura. (Juan Gelman, *TQA*; p. 47. Reproducido de una entrevista aparecida en *Cuba Internacional* N° 239, La Habana, 1989)

Yo conozco el desconsuelo y la impotencia de caminar toda una mañana entre gente extraña por no sé qué calles de Milán, mientras en Buenos Aires estaban velando a mi padre. (...) Siempre pensé que fallé. Que no

hice lo suficiente. Que en mi lugar, él hubiera llegado a tiempo. (Eduardo Mignogna, *TQA*; p. 150)

Pero aunque la muerte no aparezca como el límite de lo irrecuperable, las rupturas afectivas representan un desafío para el equilibrio personal: separaciones de parejas, hijos que quedan en el país, hijos que nacen o se crían en el exilio, se adaptan y no quieren regresar, pérdidas de embarazos; el relato del exilio es el relato de las pérdidas y éstas asumen diferentes formas:

... se vivían tiempos de reelaboraciones y replanteos. Filosóficos, pero también afectivos. Cientos de parejas, enfrentadas a la nueva situación de convivencia, estallaron como pompas de jabón. (Mario Paoletti, *PQF*; p. 42)

En Buenos Aires me esperaban mis padres y Sebastián, el mayor de mis hijos, que nunca acabó ni acabará de perdonarme que lo abandonara y que aún hoy, después de tantos años, persiste en una dolorosa adversión que nos impide relacionarnos con libertad. (Eduardo Mignogna, *TQA*; p. 141)

Por ejemplo, mi hijo Homero salió de la Argentina teniendo tres años y medio. Vivió un año y medio en Perú, y luego el resto en Suecia. Ahora tiene 23 años, es músico, y está totalmente integrado. Claro está, a los chicos no les preguntamos nada... los llevamos y los traemos, pero ellos también han vivido su drama, directamente o a través del drama y del sufrimiento de sus padres. (...) En aquel entonces, eran muchas las parejas que no aguantaban el exilio y se separaban... y no porque no se quisieran, pero el medio y la situación destruía los fundamentos cotidianos de la relación. (Hugo Alvarez, actor y director de teatro, *PQF*; pp. 413-414)

- *¿Llegaste a pensar que podías morir fuera de tu país?*

- Sí, sobre todo cuando murieron algunos exiliados de *muerte súbita*, con el corazón enfermo de pena. Había enfermedades del destierro: ésa era una; otra -que padecieron muchas compañeras del exilio- la de perder los embarazos. (Pedro Orgambide, *TQA*; p. 156)

A pesar de los estragos que las pérdidas iban ocasionando, había que sobrevivir; el segundo de los tópicos recurrentes en los testimonios es el relato de los trabajos que la supervivencia reclamaba. Desde las consabidas artesanías en las plazas de Madrid y Barcelona hasta cualquier forma de actividad de la escritura que brindara un sustento, aunque fuera transitorio:

Tuvimos que dedicarnos a cualquier cosa, a hacer de todo. Los profesionales argentinos -como por ejemplo los antropólogos, sicólogos, sociólogos- invadieron el mercado artesanal y se los puede ver por todas partes vendiendo chucherías. Los intelectuales hacemos lo que podemos; Héctor Tizón, trabajaba en changas que le permiten subsistir; Daniel Moyano, trabajaba en una fábrica; Antonio Di Benedetto lo hace en una revista médica; Blas Matamoro, escribió un libro de cocina que le redituó lo

suficiente, mínimamente, para poder desenvolverse; David Viñas, logró una cátedra, pero en Copenhague, y yo estuve largo tiempo colocando carteles en gasolineras: hice 3.800 kilómetros y coloqué 780 carteles. Me considero todo un especialista en hacer agujeros en las paredes. (Horacio Salas, *LAE*; pp. 126-127)

Como sea, hay que buscar el sustento. Moyano hace labores de plomería, Siscar es cajera en un restaurante, Roa Bastos es mucamo de un hotel alojamiento, Mignogna escribe el libro *Magia y brujería* y vende con un gitano bollitos de pan, Szpumberg arma muñequitos de madera con cartelitos que ofrece en la calle, Salas coloca letreros en estaciones de servicio y además escribe libros sobre signos zodiacales. (Jorge Boccanera, *TQA*; pp.17-18)

A diferencia de lo que solía ocurrir en los países europeos -especialmente España-, en los países latinoamericanos la incorporación a alguna forma de trabajo intelectual (docencia, periodismo, publicidad) no resultó tan difícil; así, los trabajos de los exiliados en México y Venezuela no están tan alejados de su quehacer específico como lo estuvieron en Europa.

El tercer tópico que se pone de manifiesto en los testimonios es el que refiere las dificultades de integración a una cultura distinta, con la consiguiente tentación del *guetismo* argentino o latinoamericano. Claro está, la integración o no tendrá que ver -además que con la voluntad de los exiliados- con el grado de afinidad cultural con el país anfitrión; así, las dificultades resultarán menores en países como México y mayores en países como Suecia. De cualquier manera, e independientemente del lugar, hubo quienes buscaron formas de integración en la nueva realidad y quienes se aferraron a los recuerdos y los hábitos propios y fomentaron el espíritu de gueto. Eduardo Mignogna describe los dos tipos desde los usos lingüísticos:

En la situación opuesta estaban algunos que conocí en Madrid y que pese a llevar muchos años residiendo se empeñaban en seguir hablando como el malevo Muñoz. Esos, confieso, siempre me sorprendieron. No intentaban hacer el menor esfuerzo por hacerse entender. Eran los intolerantes del lenguaje: *faso, boludo, tamangos, papas, asadito, iza, quía, quilombo, chabón*. Compitiendo, tenazmente, con aquellos otros que, con sólo pisar el aeropuerto de Barajas, se transformaron en el Quijote de la Mancha agiornado. Todo dicho de *tú, os* y *vosotros: venga ya, tío, chulo, cutre, gilipollas, cabrón, cachondo, follón*. (*TQA*; p. 146)

Para los escritores exiliados, o bien el gueto argentino resultó positivo, un lugar de contención y solidaridad;

Entonces en mi caso, que materialmente me fue bien, nunca aposté a proyectarme en México, nunca quise eso. (...) ... el guetismo de los argentinos me amplió enormemente la familia. (Nicolás Casullo, *TQA*; p. 103)

o bien resultó un mecanismo vicioso que producía el estancamiento y la parálisis;

Quiero decir, no podía pasar por allí y regresar como si nunca me hubiera movido de Buenos Aires; no podía aislarme en un gueto argentino, que pese a su apariencia de naturalidad era lo más antinatural del mundo. (Cristina Siscar, *TQA*; p. 52)

o bien resultó, simplemente, una fatalidad:

Finalmente el exilio se convierte en un gueto. Las casas de los argentinos son una especie de Buenos Aires chiquitito, armado en dos o tres habitaciones. (Horacio Salas, *LAE*; p. 127)

Se puede vivir mejor o peor, pero lo que es imposible, en mi caso y en la mayoría de los que se exiliaron, es integrarse. (...) Pienso que esto le pasó a la mayoría, incluso había gente a la que su negación del exilio la llevó a no aprender el idioma a pesar de estar viviendo durante dos o tres años,... (Juan Gelman, *TQA*; p. 49. Reproducido de una entrevista publicada por la revista *Humor*, Buenos Aires, 1988)

También pueden leerse versiones encontradas sobre las relaciones que se entablaron con otros grupos de exiliados latinoamericanos, ya que a la solidaridad entre personas que estaban corriendo, en muchos casos, la misma suerte, se opone la competencia en conseguir ayuda de organismos internacionales, la aceptación de países anfitriones, o los pocos puestos de trabajo que se abrían para los exiliados:

Los exilios se imantan. En México trabo amistad con escritores exiliados: el boliviano René Bascopé, el uruguayo Saúl Ibargoyen, el guatemalteco Otto Raúl González, y otros muchos de distintos países. Una comunidad de proscriptos alterna sonidos, olores, ideas, texturas, y el nacatamal nicaragüense convive con la empanada chilena y el asado argentino. (Jorge Boccanera, *TQA*; p. 19)

Y así fue para nosotros encontrarnos en México con los refugiados españoles y sus descendientes; con guatemaltecos, haitianos, nicaragüenses, salvadoreños, colombianos, brasileños, bolivianos, pero sobre todo con uruguayos y chilenos... (...) Lo mejor que nos pudo haber pasado fue esa confluencia. Nos hizo mejores,... (Tununa Mercado, *TQA*; p. 212)

Además nos comparábamos con otros exilios. Los chilenos,, por ejemplo. Ellos tenían a toda la izquierda del mundo a favor y hasta con dinero. ¿A los peronistas quién los iba a ayudar? ¿El Partido Comunista alemán? ¿Quién? ...Nadie. (Norman Briski, *LAE*; p. 19)

El primer año no conseguí trabajo, estaba ocupado por el exilio chileno: eran arriba de cinco mil y habían copado toda esa parte. (Osvaldo Bayer, *TQA*; p. 70)

Pero la integración no sólo encontró obstáculos con los países anfitriones o con los exiliados de otras nacionalidades, sino también entre las propias agrupaciones que congregaban al exilio argentino. En este caso, las diferencias no se manifestaron en un nivel cultural o económico, sino político; se habían arrastrado al exilio ciertas formas sectarias de concebir la política que habían caracterizado a las agrupaciones en Argentina con anterioridad al golpe militar. Orgambide, exiliado en México, y Salas, exiliado en España, coinciden en identificar esa línea divisoria:

La complejidad de este problema nos lleva a pensar que no hubo un exilio sino diferentes exilios en un mismo tiempo. Por un lado, el exilio político de militantes, dirigentes, y simpatizantes de distintas tendencias y, por otro, el de numerosas personas que abandonaron el país en años de la dictadura; profesionales, amigos o familiares de militantes que temían por su seguridad; intelectuales para quienes el ejercicio de pensar y expresar sus ideas se tornaba peligroso. Este segundo exilio era, según creo, el más difícil de comprender. Conformaba el sector de *los independientes*. No respondía a una determinada línea política. Ausente de héroes, desprovisto de liderazgo, sólo mostraba su orfandad. Y, a veces, un sentimiento hipercrítico hacia *los políticos*. Por eso, al hablar del exilio, es bueno saber desde qué lugar se habla. No es fácil. (Pedro Orgambide, *TQA*; p. 158. La cursiva en el original)

... y comencé un exilio que habría de durar siete años. El exilio propio de quienes por no pertenecer a ninguna organización militante llegamos al extranjero sin apoyo ni cobertura de ninguna especie. (Horacio Salas, *CH*; p. 557)

El cuarto tópico que queremos destacar es aquello que el escritor uruguayo Mario Benedetti -citando a David Viñas- llamó el riesgo del "presentismo absoluto".<sup>148</sup> La condena al presentismo absoluto imposibilita la aceptación de una nueva historia en un nuevo lugar; por momentos, los exiliados dan testimonio, inclusive, de un temor a que el nuevo arraigo se transforme en una actitud complaciente con la dictadura. Las consecuencias del presentismo, de ese tiempo sin historia, son el anclaje en el tiempo y el lugar perdidos, y la resistencia a echar raíces en una nueva cultura: no son inmigrantes pero tampoco viajeros:

La condición de exiliado es una variedad especial de trashumante. No es el inmigrante, que siente el deseo, el impulso, la necesidad vital de mimetizarse e integrarse cuanto antes en la patria que ha elegido; tampoco, obviamente, es la de un viajero, sino una especie de agujero que está pensando siempre en regresar y eso lo desestabiliza a él mismo y a su

---

<sup>148</sup> Benedetti, Mario. "¿Quiénes apuntan contra la cultura?" (En: *Clarín. Cultura y Nación*. Buenos Aires, 5 de mayo de 1983).

entorno y pervierte cualquier relación que pudiese adquirir ánimo de permanencia. (Héctor Tizón, *TQA*; pp. 82-83)

Es vivir en lo provisorio, como en un paréntesis, un estado que abre las puertas de la percepción sin necesidad de ninguna droga. La impresión de que para los otros somos una transparencia, un papel de calcar; la vida parece suspendida, irónicamente, en un puro presente sin huellas. (Cristina Siscar, *TQA*; p. 57)

Frecuentemente, más que en formulaciones más o menos abstractas, el “presentismo absoluto” se pone de manifiesto en un anecdotario inagotable:

Nadie compraba una planta pensando que volvía al día siguiente. (Pedro Orgambide, *TQA*; p. 159)

El [su hijo] no se despegó nunca de la madre durante el exilio. Era la única referencia que podía mantener, y si vos le decías a mi hijo ¿por qué no vas a jugar al fútbol?, te decía ‘estás loco, a ver si me hago amigo’. Era un chiste de mi hijo. (Norman Brisky, *LAE*; p. 22)

La detención del tiempo, el “presentismo”, tiene, parece obvio decirlo, implicancias psicológicas y existenciales; la más reiterada es la sensación de fragmentación de la identidad: “existencia escindida”, “ajenidad”, “esquizofrenia”, “sueño”, “ficción”, “extrañamiento”, son imágenes que se repiten en los testimonios cuando se refiere la dimensión subjetiva de la experiencia del exilio:

En el centro del desarraigo habita la transitoriedad, esa existencia escindida que se debate entre el estar aquí y el ser allá. Para usar un término de uno de los escritores que integran este volumen, Tununa Mercado, podría hablarse de una “dislocadura” que no se acaba ni siquiera con el retorno. El exilio es embriaguez. El excluido ve doble,... (...) El yo está impregnado de ajenidad, desajustado en el acoplamiento a su nueva situación. (Jorge Boccanera, *TQA*; p. 11)

Para mí, leer y releer autores argentinos desde lejos tiene un sabor muy especial, porque es como que uno está muy afuera y al mismo tiempo que está muy adentro. Eso me pasó cuando estaba escribiendo aquí el libro sobre Victoria Ocampo. Al releer la colección de la revista *Sur*, (...) me sentí esquizofrénicamente dividido. Había que juntar esas dos mitades en algún lugar. (Blas Matamoro, *PQF*; p. 233)

Me dominaba una rara sensación de dolor, de irrealidad, me sentía protagonista de un sueño angustioso. (Horacio Salas, *PQV*; p. 182)

La peor de todas es la de marginarse de lo concreto, es decir de la vida real y verdadera. Esta forma de extranjerizarnos o de extrañarnos es en la que a menudo incurren los llamados intelectuales; se ideologiza

persiguiendo un ideal que se da por absoluto, y por ese desinteresado camino se puede llegar al infierno. (Héctor Tizón, *TQA*; p. 84)

Yo diría que, aunque hayamos mantenido contactos permanentes por todos los medios posibles, nuestro exilio es una ausencia en la memoria de los otros, una amnesia. (Cristina Siscar, *TQA*; p. 59)

... como si los ocho años de alejamiento fuesen un sueño, otra historia dentro de otra dimensión diría que hasta casi ficticia. (Virginia Giussani, *LAE*; p. 61)

La necesidad de referir una experiencia que por momentos se revela como inefable, a causa de la fragmentación de la identidad, multiplica las variantes metafóricas para dar cuenta de una realidad cuya consistencia se aproxima a una dimensión onírica o literaria. La fragmentación da lugar, previsiblemente, al oxímoron, y el más difundido ha sido atribuido de modo alternativo a Eduardo Galeano y a Enrique Silberstein: “el amargo caviar del exilio” o “el amargo caviar de la distancia”; su difusión tuvo que ver, quizás, con el título de una entrevista a varios escritores exiliados publicada en la revista *Humor* (Nº 119. Buenos Aires, diciembre de 1983; pp.102-106): “No fue un plato de caviar, pero...”. Otros testimonios insisten en variantes más trilladas, como la de calificar al exilio como “un difuso paréntesis” (Nicolás Casullo, *TQA*; p. 102), “ese largo paréntesis” (Tununa Mercado, *TQA*; p. 204), “un paréntesis amplio” (Carlos Ulanovsky, *PQV*; p. 207); o al exiliado como un árbol, variante previsible del difundido verbo metafórico *desarraigar*: “Uno se siente como una planta que la han arrancado y tiene que echar raíces en otro lado” (Daniel Moyano, *PQV*; p. 8); “Del lugar de uno, donde quedan siempre las raíces aunque las copas estén por ahí” (el periodista Américo Torchelli, *PQV*; p. 200). También abundan las metáforas médicas, que proyectan en el cuerpo el sentimiento de desarraigo: la “dislocadura”, ya citada, de Tununa Mercado; o la “sutura” de las heridas y el “pos operatorio” del regreso en el testimonio de la periodista María Seoane (*LAE*; p. 133). La caracterización del exilio como una “cárcel al revés” (Cristina Siscar, *TQA*; p. 54) se enlaza con la asimilación que postula el actor y director Norman Briski:

Yo digo que la diferencia de los que se quedaron es como si hubieran estado todos en cana, y los que nos fuimos es como si nos hubiésemos ido al manicomio. Entonces las dos cosas: o te vas al manicomio o te quedás en cana. Afuera se ve más la locura. Acá, la mishiadura, la cosa triste, la rabia. (*LAE*; p. 23)

Estas variantes no agotan la aproximación metafórica. Para algunos, el exilio es una forma de “embriaguez” (Jorge Boccanera, *TQA*; p. 11); para Tununa Mercado es como “un mural riveriano”; Héctor Tizón prefiere la referencia clásica de la literatura: “Todos somos Ulises” (*TQA*; p. 88); Cristina Siscar dirá que el exiliado es “una transparencia, un papel de calcar” (*TQA*; p. 57).

Por último, es necesario referirnos a un quinto tópico que justifica la existencia de las formulaciones en oxímoron: aquel que, en apariencia paradójico, se refiere a los “privilegios del exilio”. El exiliado tiene el “privilegio del forastero”, es decir la mirada extrañada de quien no comparte una historia ni una lengua común; se trata de una mirada doble o ligeramente estrábica que se acostumbra a no admitir nada como natural. La fractura en el nivel de la experiencia se postula a menudo, entonces, como favorable, especialmente en la experiencia política casi fundante de vivir en democracia:

Así fuimos atravesando las filas de corazones de gentes de otros países que vivía confortablemente, pero que cuidaba los intersticios de su memoria democrática, hija de dos guerras mundiales. Descubrí una de las formas de la democracia en serio. (el músico Néstor Gabetta, *PQV*; p. 56)

Nos desbarató el provincialismo, nos quebró narcisos malolientes, nos informó que no a todos les gusta el churrasco con fritas y la milanesa a caballo, que había realidades mucho más inteligentes, sabias, tolerantes y enriquecedoras que las del Plata. (Nicolás Casullo, *TQA*; p. 104)

Se aprende la humildad, la lengua franca de los otros exilios y las entonaciones del país de adopción. Se aprende a convivir, a tener paciencia, a soñar con un paisaje o un rostro que quedó lejos y a despertar con la certeza de volver. (Pedro Orgambide, *TQA*; p. 158)

Entre los privilegios -ya no paradójicos, sino casi obvios-, suelen mencionarse, además, la libertad de expresión y la libertad de información, que se manifiestan en la repetida frase: afuera se sabía mejor lo que pasaba en Argentina que adentro. Así, los “privilegios” resultan la contracara del dolor por lo perdido, como si transformar esa experiencia traumática en algo positivo fuera como un imperativo autoimpuesto por muchos de los exiliados. Humberto Costantini, por ejemplo, reacciona ante la queja generalizada, como si la queja fuera otra forma del debilitamiento. No hablar del dolor del exilio fue, para muchos, una consigna; o, en la cruda formulación de Viñas, “paremos de cascotearnos”.<sup>149</sup>

#### **4- Exilio: lengua, escritura, literatura**

¿Cómo se procesa la experiencia del exilio a través de esa otra experiencia, la de la escritura?. Si cuando se habla de la experiencia histórica del exilio se admite que se pudo haber sido exiliado sin haber salido del país -el llamado “exilio interior”-, de allí se deriva que no sólo es

---

<sup>149</sup> “Háblenme de exilio” (Entrevista a Humberto Costantini) (En: *Clarín. Cultura y Nación*. Buenos Aires, 9 de febrero de 1984). “Paremos de cascotearnos” (Entrevista a David Viñas) (*LAE*; p. 168).

exiliado quien ha debido atravesar las fronteras de la propia tierra; pero si se pone en relación la noción de exilio con la de escritura -según vimos al comienzo de este capítulo-, el uso metafórico suele desplazar aun más al literal. Se trata de una versión, digamos, laica y profesional, del exilio religioso. Para Kolakowski -en el artículo ya citado-, el exilio de la escritura es una consecuencia del anterior: “La creación es hija de la inseguridad, de aquella clase de exilio, de la experiencia del hogar perdido” (p. 52). Su formulación canónica se encuentra en la frase tantas veces citada de T. W. Adorno: “Quien ya no tiene ninguna patria, halla en el escribir su lugar de residencia”. Juan Martini es aun más explícito: “El escritor es siempre un exiliado (...). Escribir es la primera forma del exilio” (CH; p. 552). De manera que para algunos tener que irse del país era sentirse doblemente exiliado -de la tierra y de la lengua-; para otros, era simplemente un tránsito por una suerte de ‘estado natural’: si el escritor es siempre un exiliado, a la literatura poco le importa dónde un texto fue escrito. Así, en ciertos casos, la experiencia del exilio tiene como consecuencia la esterilidad creativa; en otros, funcionó como un acicate para repensar su producción y renovar su escritura.

Decíamos al comienzo que la identificación entre tierra y lengua viene de lejos, y será un tópico recurrente en los intelectuales exiliados. Arnoldo Liberman -quien dirigiera los primeros números de *El Escarabajo de Oro* junto a Abelardo Castillo-, exiliado en España, recupera un texto de Sigmund Freud en carta a su hija Anna: “Los infortunios políticos sufridos por la nación (judía) le enseñaron a valorar debidamente el único bien que le quedó: su Escritura” (CH; p. 545). “¿Hasta qué punto”, se pregunta Gerardo M. Goloboff, “no debía también a mis orígenes judíos esa veneración por el lenguaje, por las lenguas y, seguramente, el respeto por la escritura y por el libro?”<sup>150</sup>. Reiteramos la cita de Kolakowski: “para los pueblos del Libro, tanto judíos como cristianos, el exilio es sin duda la condición normal e inevitable de la humanidad sobre la tierra” (p. 51). En efecto, la sensación de *condición normal e inevitable* reconoce dos orígenes: uno, histórico -los numerosos casos de pueblos, como el judío, y escritores exiliados-; otro, consecuencia del primero, la recurrente identificación tierra/lengua; no serán, por lo tanto, sólo escritores de origen judío quienes se reconozcan en esa identificación:

No me siento extranjero en Argentina, ni en México, ni en cualquier otro lugar. Como dijo alguno, acá abajo la patria más importante es la vida. Extranjera es la poesía. (...)

- *Tu producción se ensancha en el exilio y sobre ese tema; es una marca ya de tu poesía.*

- Perdoname lo sentencioso: la poesía es puro exilio. (Juan Gelman, TQA; pp. 42 y 45)

---

<sup>150</sup> Goloboff, Gerardo M. “Las lenguas del exilio” (En: Kohut, Karl y Pagni, Andrea [eds.]. *Op. cit.*; p. 138).

Pero si el exilio es una *condición normal e inevitable* para el escritor, ya que toda escritura es exilio, el problema central se planteará, en tanto escritor, en su relación con la/s lengua/s. El efecto en el escritor exiliado es doble: un primer momento de extrañamiento ante la lengua foránea; un segundo momento en que, a medida que se *naturaliza* el uso de la segunda lengua, se comienza a *extrañar* la propia, se *des-naturaliza*:

El bilingüismo me hizo adquirir una extraña conciencia lingüística: me había vuelto hablante y escucha a la vez, escucha de mí misma. La lengua extranjera se alzaba a cada momento como una evidencia material, un bloque entre la realidad y yo. Y lo mismo empezó a pasarme con mi propia lengua, que era objeto de observación en la intimidad y de juego con los amigos. ¿Qué era eso que se resistía a la pura comunicación?. (Cristina Siscar, *TQA*; p. 54)

Yo estaba en Italia y el italiano es un idioma dulce, suave, flexible, que se te mete en la oreja. Para contrarrestar esta situación escribí una serie de sonetos en lunfardo romano;... (Juan Gelman, *TQA*; p. 43)

Sin embargo, como dice Martini, “en ningún país se es más extranjero que en aquel país en el que los usos de una misma lengua son diversos” (*CH*; p. 553), y la mayoría de los testimonios da cuenta de esa suerte de estrabismo lingüístico que implica habitar un país en el que se habla, de otro modo, la propia lengua; para un escritor, entonces, el mayor extrañamiento se produce no ante una lengua foránea, sino ante un uso diferente de la propia:

Durante años estuve escribiendo “en argentino” como una manera de ejercitar la memoria. Con la posibilidad del regreso, esa memoria se estaba transformando en presente. La escritura salía a la luz del día. Uno podía reconocerse en ella, porque uno era su lengua, su idioma, las entonaciones del habla familiar. Al irse, al dejar el país, uno pierde ese contacto cotidiano. El mismo idioma de pronto es otro. Entonces, sólo entonces, se percibe el extrañamiento del exilio. (Pedro Orgambide, *PQV*; p. 129)

De inmediato, en un exilio español, comienzan a incrustarse en la lengua coloquial voces como cerillas y mecheros, melocotones y albaricoques, gabardinas y gafas. Y, como también se sabe, no son lo mismo un fósforo y una cerilla, un durazno y un melocotón, una gabardina y un impermeable. (...) El español traducido al español. El castellano traducido al castellano. El lenguaje de los españoles traducido al lenguaje de los argentinos. Sobre el lenguaje de los argentinos considerado como una jerga o un *argot* portuario y desleído. (...) Vivir en Barcelona es vivir en una módica Babel donde todas las lenguas son el español. (Juan Martini, *CH*; p. 554)

En España era difícil escribir, entre otras cosas de orden práctico, jurídico o anímico, porque las palabras, aunque eran las mismas, significaban cosas distintas, tenían otra historia y sobre todo sonaban de otra manera. Porque las palabras, como la patria, son la infancia, se apoyan en ella para

poder sonar y significar en niveles profundos. Después están las diferencias entre el español peninsular y el de América. Si yo hubiera vivido mi exilio en Alemania, al aprender la palabra “Kartoffeln” nombraba las papas y ahí acababa la cosa. En España no es así, basta entrar en una ferretería por ejemplo y tratar de comprar algo, decir pinzas, o alicates, o tornillo por ejemplo: todo cambia de nombre y el caos es total. (Daniel Moyano)<sup>151</sup>

En otros casos, como en el testimonio de Blas Matamoro, el cruce de usos de la misma lengua se verá como positivo y sin demasiadas aristas conflictivas:

Me enriqueció mucho en lo que se llama “competencia lingüística”. Me ha dado más palabras, más vocabulario, más posibilidades de elegir. De pronto hay palabras argentinas que no me gustan y pude reemplazar por su equivalente en español. A mí, personalmente, eso me permitió terminar con algunas construcciones viciosas y algunos galicismos que tenemos los argentinos. (PQF; p. 238)

Ahora bien, más allá de los testimonios en uno u otro sentido, es interesante observar hasta qué punto esa incidencia de la lengua foránea o de los diversos usos de la lengua propia produjeron alteraciones en la escritura, modificaciones en el procesamiento de la experiencia, formas híbridas en las que conviven y se fusionan expresiones propias y ajenas, o formas nuevas en que lo propio y lo ajeno terminan por neutralizarse. Cuando Augusto Roa Bastos afirma que “el lenguaje cambia: yo hablo y escribo en el lenguaje del exilio, no en el lenguaje del Paraguay” (TQA; p. 34), admite la existencia de una nueva lengua que ya no reconoce -no puede reconocer- una *marca* de origen.

¿De qué manera la experiencia del exilio modificó -no ya la escritura misma- sino la práctica de la escritura?. Como en otros casos, aquí también estamos lejos de encontrar una respuesta unánime. Por un lado, algunos escritores dan cuenta de un efecto de parálisis, como si la experiencia traumática requiriera un tiempo doble: de un lento procesamiento de la experiencia propia y de una progresiva adaptación a la nueva realidad; recién entonces reaparece la escritura:

Jujuy es un anclaje. Recuerdo cuando partí al exilio en España en 1976. Fue dramático. No podía escribir. Estuve cinco años sin poder escribir. El exilio es un empujón inaceptable. Uno piensa, ¿por qué yo me tengo que ir, mientras que esos h... de p... se van a quedar? Para escribir uno necesita un anclaje, y sobre todo necesita tiempo. (Héctor Tizón, TQA; p. 92. Reproducido de un reportaje de la revista *Noticias*, 30/8/97)

Me costaba escribir. Fui espaciando muchísimo mis poemas. La poesía española no me estimulaba a escribir. Buscaba libros de poetas

---

<sup>151</sup> Moyano, Daniel. “Escribir en el exilio” (En: Kohut, Karl y Pagni, Andrea [eds.]. *Op. cit.*; p. 147).

latinoamericanos y casi no encontraba nada, de argentinos ni hablar. (Horacio Salas, *TQA*; p. 182)

En mi caso particular, después de un necesario retraso en la parición, consecuencia de un cambio de querencia, he retomado mi ritmo de trabajo. (...) Al llegar aquí a México hubo muchos motivos, físicos, económicos, anímicos, de preocupación, de angustia, que hicieron que el trabajo se demorara; y esto duró casi un año. (Humberto Costantini, *TQA*; p. 194)

Llegué a Madrid en 1976 con toda la familia y toda la casa, porque vine en barco. Durante cinco años no pude escribir. (...) La detención, luego la salida del país, el miedo, me habían dejado adormecido. Las cosas que escribí los primeros años del exilio eran todas historias de violencia, pesadillas. En realidad, no podía coordinar nada. Antonio Di Benedetto me decía que a él le pasaba lo mismo. (Daniel Moyano, *TQA*; p. 224)

Otros escritores relatan un efecto inverso de la experiencia sobre la práctica de la escritura; en lugar de causante de una parálisis, el exilio se transformó en un estímulo, a la vez que en una experiencia de libertad que a la postre resultó positiva para el trabajo de escritor:

Por otro lado, ese estado incierto, de transición indefinida, en suspenso, esa suerte de pérdida de la identidad, el anonimato (no había un solo testigo de mi pasado) me daban cierta levedad y un desapego muy favorables para la literatura. El presente se parecía a una hoja en blanco: no se podía dar nada por sentado, había que redescubrir el mundo y crear nuevas relaciones a cada paso. (...) Bueno, creo que ya expliqué que a mí, lejos de paralizarme, me puso en marcha. (Cristina Siscar, *TQA*; pp. 54 y 61)

Pero el destierro no es necesariamente un obstáculo para escribir. (Blas Matamoros, *LAE*; p. 98)

El exilio geográfico puede ser, además, para el escritor, su mejor lugar. En ningún otro sitio, como allí, le será posible pensar y reformular, si lo desea, la posición de su escritura frente a ciertos aparatos ideológicos que operan en el llamado campo literario: la tradición, por ejemplo, y las políticas de lecturas que establecen la tradición. En ningún otro sitio, como en el exilio, le será tan fácil al escritor advertir el carácter socialmente inútil de su trabajo y resituar su trabajo frente a la tradición, las vanguardias o el mercado. (Juan Martini, *CH*; p. 554)

Relaciones conflictivas entre la lengua de la “memoria” y la lengua de adopción, diferentes actitudes -parálisis o estímulo- frente a la práctica de la escritura; a pesar de los obstáculos, el exilio argentino ha producido numerosas obras que, con muchas dificultades, lograron finalmente darse a conocer: unas fueron publicadas en el exilio antes que en nuestro país; otras -las menos- sortearon innumerables escollos y se editaron en Argentina durante la dictadura; por último, la mayoría se conoció después

de la caída de los militares en una irrupción de material acumulado que fue explosiva aproximadamente entre los años '83 y '85, y más espaciada en los años posteriores. En rigor, a los fines de un catálogo, poco importa cuál fue la circunstancia de su edición; incluiremos en él a los textos de narrativa -especialmente novelas- producidos en el exilio en el período que nos ocupa o poco después:

*El libro de todos los engaños* (Buenos Aires, Bruguera, 1984), de Vicente Battista.  
*Recuerdo de la muerte* (Buenos Aires, Bruguera, 1984), de Miguel Bonasso.  
*Ansay o los infortunios de la gloria* (Buenos Aires, Ada Korn, 1984) y *No velas a tus muertos* (Buenos Aires, De la Flor, 1986), de Martín Caparrós.  
*El frutero de los ojos radiantes* (Buenos Aires, Folios, 1984), de Nicolás Casullo.  
*El pintaditos* (Buenos Aires, Legasa, 1984), de Carlos Catania.  
*Aquí me pongo a contar* (México, Folios, 1983), de Marcelo Cereijido.  
*El país de la dama eléctrica* (Buenos Aires, Bruguera, 1984) e *Insomnio* (Barcelona, Muchnik, 1985), de Marcelo Cohen.  
*De Dioses, hombrecitos y policías* (Buenos Aires, Bruguera, 1984) y *La larga noche de Francisco Sanctis* (Buenos Aires, Bruguera, 1984), de Humberto Costantini.  
*Vudú urbano* (Barcelona, Anagrama, 1985), de Edgardo Cozarinsky.  
*Cuentos del exilio* (Buenos Aires, Bruguera, 1983) y *Sombras nada más* (Buenos Aires, Alianza, 1984), de Antonio Di Benedetto.  
*Sermón sobre la muerte* (Puebla, UAP, 1977) y *La pasión, los trabajos y las horas de Damián* (México, Premia, 1979), de Raúl Dorra.  
*De pe a pa. De Pekín a París* (Barcelona, Anagrama, 1986), de Luisa Futoransky.  
*La revolución en bicicleta* (Barcelona, Pomaire, 1980), *Luna caliente* (Buenos Aires, Bruguera, 1984) y *Qué solos se quedan los muertos* (Buenos Aires, Sudamericana, 1985), de Mempo Giardinelli.  
*Caballos por el fondo de los ojos* (Barcelona, Planeta, 1976) y *Criador de palomas* (Buenos Aires, Bruguera, 1984), de Gerardo Mario Goloboff.  
*El ojo de jade* (México, Premia, 1980) y *El callejón* (México, Plaza y Janés, 1987), de Noé Jitrik.  
*Lugar común la muerte* (Caracas, Monte Ávila, 1979; Buenos Aires, Bruguera, 1983) y *La novela de Perón* (Buenos Aires, Legasa, 1985), de Tomás Eloy Martínez.  
*La vida entera* (Barcelona, Bruguera, 1981) y *Composición de lugar* (Buenos Aires, Bruguera, 1984), de Juan Carlos Martini.  
*En estado de memoria* (Buenos Aires, Ada Korn, 1990), de Tununa Mercado.  
*En breve cárcel* (Barcelona, Seix Barral, 1981), de Sylvia Molloy.  
*El desangradero* (Buenos Aires, Legasa, 1984) y *Balada de un sargento* (Buenos Aires, Galerna, 1985), de Francisco Moreyra.  
*El trino del diablo* (Buenos Aires, Sudamericana, 1978), *El vuelo del tigre* (Madrid, Legasa, 1981) y *Libro de navíos y borrascas* (Buenos Aires, Legasa, 1983), de Daniel Moyano.  
*El arrabal del mundo* (México, Ed. Katún, 1984), *Hacer la América* (Buenos Aires, Bruguera, 1984) y *Pura memoria* (Buenos Aires, Bruguera, 1985), de Pedro Orgambide.  
*El beso de la mujer araña* (Barcelona, Seix Barral, 1976), *Pubis angelical* (Barcelona, Seix Barral, 1979), *Maldición eterna a quien lea estas páginas*

(Barcelona, Seix Barral, 1980) y *Sangre de amor correspondido* (Barcelona, Seix Barral, 1982), de Manuel Puig.

*En otra parte* (Madrid, Legasa, 1981) y *El pasajero* (Buenos Aires, Emecé, 1984), de Rodolfo Rabanal.

*Nadie nada nunca* (México, Siglo XXI, 1980) y *El entenado* (Buenos Aires, Folios, 1983), de Juan José Saer.

*No habrá más penas ni olvido* (Barcelona, Bruguera, 1980; Buenos Aires, Bruguera, 1982) y *Cuarteles de invierno* (Buenos Aires, Bruguera, 1983), de Osvaldo Soriano.

*A las 20.25 la señora entró en la inmortalidad*, (Buenos Aires, Sudamericana, 1986), de Mario Szichman.

*El traidor venerado* (Buenos Aires, Sudamericana, 1978) y *La casa y el viento* (Buenos Aires, Legasa, 1984), de Héctor Tizón.

*Conversación al sur* (México, Siglo XXI, 1981) y *En cualquier lugar* (México, Siglo XXI, 1984), de Marta Traba.

*En ninguna parte* (Buenos Aires, Ed. de Belgrano, 1981), de Pablo Urbanyi.

*Como en la guerra* (Buenos Aires, Sudamericana, 1977; México, UNAM, 1980) y *Cola de lagartija* (Buenos Aires, Bruguera, 1983), de Luisa Valenzuela.

*Cuerpo a cuerpo* (México, Siglo XXI, 1979), de David Viñas.

*Informe de París* (Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1990), de Paula Wajsman.

Desde luego, un catálogo tan extenso requiere de múltiples ajustes y aclaraciones. Por dar sólo un ejemplo, la novela de Puig *El beso de la mujer araña* aparece a menudo citada y comentada como parte de la producción del exilio argentino, aunque su publicación en España en 1976 permite suponer que su escritura es anterior al golpe militar del mismo año. En el mismo sentido, suele citarse *Nadie nada nunca*, de Juan José Saer, aunque el exilio voluntario del escritor santafesino data de 1968; sin embargo, y a diferencia de lo que ocurre con la novela de Puig, en ningún caso aparece mencionado su texto del '76, *La mayor* (editado por Planeta y reeditado por el Centro Editor en el '83), como parte de la producción del exilio argentino o como integrante de la narrativa producida en años de la dictadura. Este desajuste puede ocurrir o bien porque *La mayor* fue editada en Buenos Aires y *El beso...* en Barcelona, o bien porque Puig siempre fue considerado un exiliado más "político" que Saer, o bien porque *El beso...* es una novela que aborda temas "políticos" (cárcel, represión, tortura) y *La mayor* no. Sea cual fuere la causa, el ejemplo sirve para poner de manifiesto que este tipo de desajustes es muy frecuente y, a causa de ellos, resulta arduo determinar criterios sólidos para delimitar un corpus. En algunos casos, se ha utilizado el lugar de producción -escritas en el exilio-; en otros, el período de producción -la dictadura militar-; por último, los temas -textos que de alguna manera refieren la situación del exilio o episodios relacionados con el contexto político-. Hemos utilizado el primero de los criterios porque, a nuestro juicio, resulta el menos arbitrario<sup>152</sup>, ya

---

<sup>152</sup> Con este criterio, por ejemplo, excluimos un texto como *El cerco*, de Juan Carlos Martini, ya que, a pesar de haber sido publicado en Barcelona y en 1977, fue una novela escrita con anterioridad al exilio de su autor y a la irrupción de la dictadura; e incluimos novelas que,

que el segundo de ellos -el período de producción- resulta imposible de precisar, y el tercero -el criterio temático- revela una concepción “contenidista” largamente cuestionada y anacrónica respecto de los nexos que enlazan a las producciones simbólicas con sus contextos de producción por un lado y, por otro, respecto de los modos en que la literatura cuestiona su propio poder de representación.

Con relación a la actividad editorial, aquí también es necesario destacar la labor desarrollada por dos editoriales con sede en España pero que prestaron especial interés a la producción de los escritores argentinos exiliados. Me refiero a la colección “Narradores de Hoy” de la Editorial Bruguera, que incluyó en su catálogo a Soriano, Costantini, Goloboff, Orgambide, Martini, Di Benedetto, Giardinelli, entre otros; en algunos casos, se trataba de primeras ediciones; en otros, de reediciones de textos publicados en el exilio, como las dos novelas de Soriano o *De Dioses...*, de Costantini, que había sido publicada en México en 1979 y en ese mismo año había ganado el Premio Casa de las Américas. La segunda colección ya fue mencionada en el capítulo anterior: “Narradores americanos”, de Editorial Legasa, que incluyó títulos de Rabanal, Moyano, Tomás E. Martínez y Héctor Tizón.

## 5- Las polémicas

Así como en el ámbito de la sociología y de la teoría política se insistió -y aún se insiste- en el tema de la transición a la democracia como centro del debate político, la problemática del exilio se erigió en uno de los momentos decisivos del reordenamiento del campo intelectual durante la dictadura y en la pos-dictadura. Disputas personales, acusaciones airadas, justificaciones de conductas propias y ajenas tiñeron las polémicas. Hoy, con algunos años de distancia, pueden verse aquellas polémicas con un grado mayor de objetividad y con la pasión que las envolvía ya apaciguada. De aquellas discusiones, rescataremos las dos que tuvieron una mayor repercusión en el campo literario.

La primera de ellas enfrentó a Julio Cortázar y a Liliana Heker en las páginas de *El Ornitorrinco*. Es menester recordar que el exilio voluntario de Cortázar -quien se radicó en Francia desde 1951- había sido uno de los ejes del debate sobre el compromiso del intelectual en los años previos a la dictadura. Desde numerosas publicaciones, como *Crisis*, las preguntas a Cortázar siempre rondaban el mismo tema: si un intelectual puede comprometerse con los procesos revolucionarios sin estar en el país. La tan citada frase de Cortázar, “mi ametralladora es la literatura”, situaba la lucha -tal como quedó desarrollado en el capítulo II- en el nivel simbólico de la escritura como quehacer específico del intelectual. La polémica, por lo tanto, reedita ese debate a partir de la experiencia de la dictadura; así,

---

aunque su edición es posterior, resultan claramente textos del exilio, tal el caso de *Informe de París*, de Paula Wajzman.

es posible leer en las argumentaciones de Heker ecos de aquellas exigencias del compromiso del intelectual, esto es, algunas líneas de continuidad a pesar de la fractura. La polémica se origina en una conferencia de Cortázar que fue publicada en la revista colombiana *Eco* (Nº 205, noviembre de 1978) con el título “América Latina: exilio y literatura”. Contra lo dicho por Cortázar, Heker reacciona en un artículo, “Exilio y literatura”, publicado en *El Ornitorrinco* (Nº 7, enero-febrero de 1980). En carta del 26 de noviembre del mismo año, y con el título “Carta a una escritora argentina”, Cortázar contesta al artículo de Heker. Finalmente, la escritora publica un segundo artículo en respuesta a la carta de Cortázar: ambos textos están reproducidos en *El Ornitorrinco* Nº 10, de octubre-noviembre de 1981.<sup>153</sup> “...hoy somos”, dice Heker, “una especie de abstracción que cabría dentro de una de estas dos categorías neoplatónicas: radicados en el exterior, lo que equivaldría a ‘condenados fatalmente a vivir fuera de la patria’, o radicados en la Argentina, lo que equivaldría a ‘mártires o muertos en vida’” (p. 590-591). Heker se opone a esta división esquemática porque a menudo funciona como una “coartada” y justifica la “inacción”:

...si estamos afuera, el exilio por sí mismo ya supone una “causa” e implica una “protesta” ¿para qué intentar algo más? Si estamos en el país, la realidad nos impone el silencio: nada podemos hacer; sin contar con que “ya cargamos con nuestra cruz” por el simple hecho de estar acá. (p. 591)

Heker afirma que el artículo de Cortázar, acaso involuntariamente, fomenta esta visión esquemática de la realidad, y discute en su primera intervención tres cuestiones. La primera es la autocalificación de exiliado de Cortázar; en su artículo de *Eco*, había dicho: “... me incluyo actualmente entre los innumerables protagonistas de la diáspora. La diferencia está en que mi exilio sólo se ha vuelto forzoso en estos últimos años...”. En su réplica, con recurrentes argumentos *ad hominem*, Heker se esfuerza en diferenciar al exilio “poético” -ironía para referirse a los primeros 25 años pasados por Cortázar en Europa- del exilio “físico” y del exilio “cultural” -del que, más que Cortázar, según Heker resultaría un ejemplo Leopoldo Marechal quien, sin salir del país, fue silenciado entre el ‘55 y el ‘67-. La segunda cuestión es la “negligencia con que Cortázar sobrevuela nuestra realidad cultural” al referirse al “exilio interior” y ponerse a sí mismo como prueba de sus argumentos: “Entre los años 55 y 70 yo recibía cantidad de libros y manuscritos de autores argentinos noveles, que me llenaban de esperanza; hoy no sé nada de ellos, sobre todo de los que siguen en la Argentina”. Llamativamente, Heker cae en el mismo tipo de argumentación que critica, ya que en vez de defender la producción del “exilio interior”, o al menos intentar probar su existencia, se coloca en el mismo terreno que su

---

<sup>153</sup> La polémica se encuentra reproducida en el número ya citado de *Cuadernos Hispanoamericanos*; pp. 590- 603. Cito las páginas de esta edición.

interlocutor para desautorizarlo. Si Cortázar ya no recibe libros y manuscritos, afirma, es porque ha dejado de ser el escritor admirado de los sesentas y se ha transformado en un clásico que despierta mucho menos interés entre los jóvenes. La tercera cuestión es “cierta tendencia de Cortázar a generalizar y dramatizar excesivamente cuando se refiere al exilio de los intelectuales, y sobre todo, a su flamante rol de intelectual exiliado”. Contra esa actitud hiperbólica, Heker postula “un enfoque menos desgarrador y más realista” sobre las razones que motivan al éxodo de escritores:

1) dificultades económicas y laborales (que, naturalmente, no afectan sólo a los escritores), 2) un problema editorial grave, que obstaculiza las tareas específicas del escritor, 3) una cuestión de aguda sensibilidad poética: sentir que él no puede soportar lo que sí soporta el pueblo argentino, 4) la búsqueda de una mayor repercusión o de una vida más agradable que ésta, 5) la búsqueda de un ámbito de mayor libertad. (p. 594)

Y concluye -con un énfasis retórico que criticaría en Cortázar-:

No somos héroes ni mártires. Ni los de acá ni los de allá. El alejamiento, la permanencia en el propio país, en sí mismos carecen de valor ético. (...) No aceptamos, de París, la moda de nuestra muerte. Es la vida, nuestra vida, y el deber de vivirla en libertad lo que nos toca defender. Por eso nos quedamos acá, y por eso escribimos. (p. 595)

En su respuesta -mediante una retórica conciliadora y paternalista-, Cortázar centra lúcidamente su argumentación no en lo que Heker dijo, sino en aquello que no quiso o no pudo decir. ¿Quién va a publicar su respuesta, se pregunta Cortázar, si se decide a decir lo que Heker calló?:

...te llegará como carta abierta, tengo que redactarla como vos has redactado tu texto, es decir hablando de todo menos de lo que pone en marcha ese todo. (...) Curioso cambio de cartas abiertas, como ves, en el que vos evitás hablar de lo único que en el fondo me interesa hablar a mí. (p. 596)

En efecto, lo que más irritó a Cortázar, y con él, a los escritores exiliados, fueron las cinco razones que motivan el exilio según Heker las postula en su artículo: ¿por qué Heker no menciona a la dictadura, a la represión política, a las persecuciones y amenazas en el campo de la cultura, a los muertos y desaparecidos?. Cortázar da por supuesto que no pudo hacerlo y busca formas de acercamiento:

...el hecho de que apruebes mi punto de vista general sobre el exilio de tantos intelectuales latinoamericanos (en el sentido de volverlo afirmativo y combativo, quitándole toda la negatividad que encierra como noción estereotipada), anula casi totalmente tus discrepancias colaterales;... (p. 596)

Pero sobre el final de su carta, al referirse al llamado “exilio interior”, Cortázar sostendrá la absoluta imposibilidad de una actividad de resistencia a la dictadura dentro de las fronteras del país. Si las afirmaciones de Heker molestaron a los escritores en el exilio, el cierre de la carta de Cortázar será la que provocará la reacción de “los que se quedaron”:

Esto, Liliana, no nos da a los de afuera ninguna jerarquía con respecto de los que siguen en el país; simplemente, aquellos que un día decidan decir lo que verdaderamente piensan, tendrán que reunirse con nosotros fuera de la patria. (p. 598)

Finalmente, en su extensa contra-respuesta, Heker adopta un tono menos conciliador y más agresivo, quiero decir que se muestra más enojada con Cortázar que con sus argumentos, ya que la mayor parte de su artículo lo dedica a discutir las actitudes políticas de su interlocutor:

...usted eludió la discusión. (...) Y además, yo no apruebo su punto de vista general; al contrario: uno de los asuntos que discuto en particular es el punto de vista de su texto, el que usted haya abordado el problema del exilio considerándose a sí mismo un exiliado. (...) Nadie lo echó, no huyó por motivos políticos: se fue. Queda muy claro, y usted lo admite, que no era un exiliado. (...) Y, si me permite definir su conducta, yo diría que en general usted actúa de adherente. Apoya movimientos, se manifiesta partidario, se solidariza. (...) No sé del caso de muchos argentinos que se hayan ubicado en una situación tan cómoda para luchar por “su pueblo”. (pp. 598-600)

Pero la acusación más dura lanzada por Heker fue la de identificar los argumentos de Cortázar con la derecha política: “La conducta que usted propone -que los que tengan algo que decir se vayan de la Argentina- es curiosa. La derecha no lo habría expresado mejor” (p. 601). Como se sabe, Cortázar no respondió con la misma saña; en cambio, Osvaldo Bayer retrucará a Heker, años después, con idénticas armas: “Basta leer la clasificación en cinco categorías que Liliana Heker hace de los exiliados y no difiere en nada, absolutamente en nada, de la diaria propaganda que la Secretaría de Prensa y Difusión lanzaba en cadena a todo el país en radios y televisión”.<sup>154</sup>

La segunda polémica a la que hacíamos referencia se inicia el 29 de enero de 1981, fecha en que Luis Gregorich publicó un artículo titulado “La literatura dividida”.<sup>155</sup> Este artículo ponía en escena la controversia ya

---

<sup>154</sup> Bayer, Osvaldo. “Pequeño recordatorio para un país sin memoria” (En: Sosnowski, Saúl [comp.]. *Op. cit.*; p. 221).

<sup>155</sup> Gregorich, Luis. “La literatura dividida” (En: *Clarín*, Buenos Aires, 29 de enero de 1981). El artículo también puede leerse en: Sosnowski, Saúl (comp.). *Represión y reconstrucción de una*

latente entre los escritores que se quedaron y los que se fueron; desde el título mismo, se trazaba una línea divisoria que fue duramente cuestionada, especialmente desde los escritores exiliados. Pero además de esa línea divisoria, lo más irritante para ellos resultaba la minimización de lo producido fuera de los límites del país. Por un lado, Gregorich describe impersonalmente -"se sostiene que..."- uno de los "lados" de la literatura dividida:

...se sostiene que la literatura argentina que se produce en el país está muerta, y que únicamente los escritores exiliados mantienen viva la llama de la tradición creadora. Se han organizado diversos festivales del libro en el destierro, con apreciable cantidad de obras editadas -sobre todo- en España y México, y se ha querido contrastar esta nada desdeñable proliferación con el estrechamiento del mercado nacional, acosado por el vaciamiento cultural, el auge del "bestsellerismo" y la avasallante presencia extranjera.

Luego, se refiere al "otro lado" , a los que se quedaron:

Los escritores que se quedaron en el país no son tan pesimistas respecto de sí mismos. Su punto de vista es que los exiliados -políticos y no políticos- no son muchos ni tampoco muy representativos y que la literatura que se ha seguido produciendo y consumiendo entre nosotros tiene, pese a las dificultades, calidad y cantidad aceptables. Después de todo, ¿cuáles son los escritores importantes exiliados? Julio Cortázar, pero su exilio no data de 1976, sino de más de un cuarto de siglo atrás. (p. 121)

El uso del engañoso indirecto libre parece atenuar lo afirmado ya que Gregorich no habla por sí; sin embargo, lo agrava al involucrar en esa opinión a todos los escritores que se quedaron en el país. Gregorich concluye en que "desde una perspectiva numérica, el último razonamiento es el más cercano a la realidad. En efecto, una amplia mayoría de los escritores argentinos continúa viviendo en la Argentina". Pero la evaluación en el artículo no se limita a lo cuantitativo y abunda en juicios de valor:

Y si es cierto que, en conjunto, la reciente producción literaria local apenas sobrevuela una discreta medianía, tampoco las obras publicadas en el destierro, por lo que he llegado a leer, se aproximan a un nivel magistral. La obsesión documental y las identificaciones maniqueas sirven para una explicable catarsis personal; sin embargo, su condición artística es limitada y aun su valor de denuncia se diluye al estar sustraído de sus destinatarios naturales, es decir, los lectores argentinos. (p. 122)

De este cuadro de situación -saturado de una adjetivación que suele caracterizar la prosa del articulista: "apreciable", "nada desdeñable",

---

*cultura: el caso argentino*. Buenos Aires, EUDEBA, 1988; pp. 121-124. Las citas de página corresponden a este último.

“explicable”- se pasa al catálogo. Cita a Haroldo Conti y a Rodolfo Walsh, quienes “figuran entre los miles de desaparecidos de los años recientes”; a los escritores exiliados -y agrega un insidioso “voluntarios o no”-: David Viñas, Antonio Di Benedetto, Pedro Orgambide, Humberto Costantini, Héctor Tizón y Manuel Puig; y a los que “han continuado viviendo y escribiendo en la Argentina”: Beatriz Guido, Syria Poletti, Marta Lynch y Elvira Orphée, Juan José Manauta, Marco Denevi, Federico Peltzer y Jorge Riestra. Por último, se aventura a trazar un diagnóstico hacia el futuro:

¿Qué será ahora, qué está siendo ya de los que se fueron? Separados de las fuentes de su arte, cada vez menos protegidos por ideologías omnicomprendidas,...(...) Puede pronosticarse que pasarán de la indignación a la melancolía, de la desesperación a la nostalgia, y que sus libros sufrirán inexorablemente, una vez agotado el tesoro de la memoria, por un alejamiento cada vez menos tolerable. (p. 123)

En 1983, comienzan a aparecer en revistas las réplicas a las posiciones sostenidas por Gregorich, especialmente en las páginas de *Humor* y de *El Porteño*.<sup>156</sup> En los primeros días de diciembre de 1984, Saúl Sosnowski organizó en los Estados Unidos, desde la Universidad de Maryland, un encuentro destinado precisamente a la reconstrucción del debate sobre la represión y el exilio; las ponencias de ese encuentro fueron publicadas en 1988 (incluyen trabajos de, entre otros, Beatriz Sarlo, Noé Jitrik, Juan Martini, Liliana Heker, Tomás Eloy Martínez y el propio Luis Gregorich). Una lectura atenta de aquellas ponencias permite advertir matices que exceden el “disparen sobre Gregorich”; sin embargo, parece evidente que la presencia del autor de “La literatura dividida” provocó las duras réplicas contra lo que allí se exponía. Sarlo opta por anular la discusión sobre el carácter voluntario o no del exilio; afirma que “la fractura del campo intelectual que el exilio significaba había sido el resultado de una operación victoriosa de la dictadura, y no de elecciones sólo recogidas por la libre voluntad de los sujetos” (p. 101). Jitrik, contra Gregorich, insiste en “integrar toda esa producción al proceso general de la literatura argentina, al margen de territorialidades un poco tontas, investidas de sórdida axiología” (p. 144). Juan Martini, contra la mención de Cortázar como el único escritor importante de entre los exiliados, replica: “Si invertimos - caprichosamente, claro- la pregunta de Gregorich nos encontraremos con una respuesta tan lineal como la que él obtuvo: ¿Quiénes eran los

---

<sup>156</sup> Cfr., por ejemplo, la dura respuesta de Osvaldo Bayer a un artículo de Gregorich aparecido en *Humor*, Nº 106, con el título “Las dos caras de Mefisto”; la respuesta de Bayer, “Elogio del exilio”, se publicó en *Humor*, Nº 110 (Buenos Aires, agosto de 1983; pp. 37-41); en ese mismo número se publica, además, una contra-respuesta de Gregorich (“Un elogio poco elogiado”; p. 41). En *El Porteño*, la polémica se desató con la publicación de un artículo de Roberto Mero (“Sobre candados y exilios”, Nº 18. Buenos Aires, junio de 1983). El escritor José Pablo Feinmann manifestó su indignación en una carta al director Miguel Briante que se publicó en el Nº 19, del mes de julio. Finalmente, en el Nº 20, de agosto del mismo año, Mero, con un afán menos polémico y más conciliador, escribió la “segunda parte” de “Sobre candados y exilios” (pp. 52-54).

escritores importantes que continuaban viviendo en la Argentina? Jorge Luis Borges” (p. 129). Osvaldo Bayer optará por involucrar a Gregorich, sólo mencionando al paso su vapuleado artículo, en un grupo de escritores que celebraron el mundial de fútbol. Así, cita sucesivamente a Marta Lynch, a Ernesto Sábato y a Abelardo Castillo, para detenerse en Gregorich y en su artículo “Hay que mantener el espíritu del mundial” -publicado en *La Opinión* del 26 de junio de 1978-, en el que recomienda a Videla “defender victoriosamente nuestras defensas geográficas y culturales” y a “ganar definitivamente la paz”. Este debate prosiguió dos años después en unas tensas jornadas realizadas ya en Buenos Aires, en el Centro Cultural General San Martín, en las que participaron, entre otros, Osvaldo Soriano, León Rozitchner y Carlos Altamirano.

No obstante, si la polémica Heker-Cortázar y el cuestionado artículo de Gregorich fueron publicados bajo la dictadura, las repercusiones que motivaron estarán presentes en la mayoría de los debates producidos en los años posteriores a la recuperación democrática: se puede decir que muy pocos intelectuales y escritores quedaron al margen de opinar sobre la trillada polémica “los que se fueron vs. los que se quedaron”. Pero la actitud de muchos para entonces había cambiado: es frecuente leer en esas opiniones la necesidad de cerrar el debate, de plantear el dilema como falso, y de recomponer un campo intelectual que, como decía Beatriz Sarlo, se encontraba “doblemente fracturado”. La estrategia más recurrente para cerrar el debate fue la de cambiar la línea divisoria: la oposición no debe pensarse entre quienes se quedaron y quienes se fueron, sino entre quienes colaboraron y quienes resistieron. Citamos algunos de los numerosos testimonios en ese sentido:

Yo me negué terminante a sumarme a eso, que me parecía injusto e inútil, y era como abrir una herida más entre nosotros. Ni los que nos fuimos, obviamente, éramos los mejores, ni los que optaron por quedarse, por cualquier razón, podían ser motejados de réprobos. (Héctor Tizón, *TQA*; p. 84)

Yo había leído en el exilio un artículo donde se hablaba de “la literatura dividida” y en el cual, según el articulista, los exiliados habíamos cultivado una literatura maniquea. No era así, desde luego. Los que volvíamos, pese al conflicto virtual entre “los de adentro” y “los de afuera”, retomábamos nuestra actividad junto a colegas que habían permanecido en el país. No había ningún conflicto entre nosotros. (Pedro Orgambide, *TQA*; p. 158)

Ese conflicto fue creado artificialmente por un grupúsculo de escritores que, siendo benévolo, diría que fue inconsciente cuando lo expresó. Es cierto que estamos separados, o que hay una barrera de desconocimiento que no es fácil vencer, pero acentuar esa diferencia, inventar una polémica, me parece siniestro. Entonces, la actitud decente en estos casos no es inventar polémicas sino establecer puentes. (...) Creo que esa polémica ya se dio, y con bastante mala intención o con bastante desconocimiento. La respuesta más inteligente la leí en Cortázar, que pasa

por encima de esa polémica y trata un poco paternalmente a Liliana Heker, que inventó un poco esa polémica. Gregorich, que me merece el mayor de los respetos por muchos motivos, dijo algunas cosas, pienso, a consecuencia de su ignorancia sobre lo que ocurre en el exterior. (Humberto Costantini, *TQA*; pp. 197-198)

Me dicen que estar dentro del país fue peor, yo respondo: estoy de acuerdo; pero no hagan especulaciones sobre exiliados o no exiliados, porque todos fuimos víctimas de la misma cosa. (Alberto Adellach, *TQA*; p. 218)

Todas las divisiones entre los de 'adentro' y los de 'afuera' son falsas. La verdadera y única división está entre los que aceptan negociar y los que no aceptan negociar los crímenes de la represión y la corrupción. (Osvaldo Bayer, *TQA*; p. 251. Reproducida de un reportaje de Osvaldo Soriano, publicado en *Humor*, Buenos Aires, abril de 1983)

Pero de ninguna manera critico a los que se fueron. El exilio es una necesidad y no un placer. La división no pasa entre los que se quedaron y los que se marcharon al destierro, sino entre los que fueron complacientes con el régimen y los que resistieron, dentro o fuera del país. (Hipólito Solari Yrigoyen, *LAE*; p. 137)

Y mediante la combinación de ambas líneas divisorias se llega a la postulación de las "cuatro figuras":

Efectivamente, algunos de los que se quedaron adentro corroboraron su predisposición para la gran burocratización a lo largo de la dictadura; desde ya que sí. Hubo otra gente que mantuvo una especial dignidad, sin duda y hasta dentro de las posibilidades que había en Argentina, una práctica crítica, etc. Y afuera también hubo gente que hizo cosas lamentables y otros que se ocuparon de denunciar sistemáticamente la dictadura de esos años. Ahí tenés cuatro figuras, para un lado y para el otro. (David Viñas, *TQA*; p. 132)

Creo que hubo quienes se quedaron haciendo gala de una obsecuencia por el poder repugnante, y quienes se quedaron con una gran dignidad, callándose la boca y aprovechando los mínimos resquicios para lo que podían. Y entre los que se fueron también hay gente muy linda, y hay chantas que se hacían los perseguidos políticos a ver si conseguían ayuda de un organismo de solidaridad. (Blas Matamoro, *LAE*; p. 101)

Otros, ligados a la actividad política, producen una inversión en el debate: son exiliados que reconocen mayores méritos en los que se quedaron:

¿Cuál es la residencia del horror? ¿La secreta prisión del sur donde el gemido se torna inaudible, o el café de Barcelona donde la protesta se funde en un solo ruido?

¿Quiénes son los héroes? ¿Nosotros, que cambiamos nuestras verdades por dólares? ¿O los condenados a pensar en secreto? (...)

Es un destierro hecho de clases medias; construido por aquellos que merodeamos por la cultura y buscamos -también en el exilio- el prestigio. La tragedia es de quienes, allá lejos, están desterrados de la razón. Confinados en el miedo. Exiliados dentro de las fronteras de la intolerancia. (Rodolfo Terragno, *PQV*; pp. 191-192. Reproducido del artículo "El privilegio del exilio", publicado en *El Diario de Caracas* en 1980)

El centro principal de la lucha contra la dictadura estaba en la Argentina, nosotros éramos el soporte exterior. (Raimundo Ongaro, *LAE*; p. 118)

Una perspectiva distinta ofrece Carlos A. Brocato, en la que tanto "los que se fueron" como "los que se quedaron" exhibieron ciertas "subespecies" que terminaron por irritar a todos. Un extremo,

fue una mezcla de complicidad desafiante revestida de compromiso con la patria, o con la nación, o con los dioses tutelares de la argentinidad, como borboteaba su espécimen más destacado y penoso, Marta Lynch. Una fórmula sintética los identificaba: eran "los que nos la *bancamos* aquí". Apelación tanguística: venían a ser los que se la aguantaban, mientras otros habían huido cobardemente. (*CH*; pp. 66-467. La cursiva en el original)

En el otro extremo, se encuentra el "exilio mítico":

He denominado de ese modo al mito autoheroizante instaurado por los intelectuales argentinos exiliados que ocuparon el centro de la escena. No sé si fueron numéricamente mayoría, pero sí lo fueron en el espacio público representativo. Para consagrarse, como lo hicieron, los únicos actores de la resistencia a la dictadura, negaron todo asomo de aquélla en el interior del país. Osvaldo Bayer fue un vocero típico que llegó a la desmesura de acusar de complicidad con la dictadura a toda la sociedad argentina, salvo las Madres de Plaza de Mayo, los integrantes de organismos de derechos humanos y los exiliados. (...) Para el *exilio mítico*, todos los que estuvimos en la Argentina somos culpables por sospecha. Estos intelectuales conformaron, como puede verse, el reverso dicotómico de los que "nos la *bancamos* aquí". (*CH*; p. 467. La cursiva en el original)

Por último, Noé Jitrik da una versión diferente de las "cuatro figuras" postuladas por Viñas y Matamoro. La mirada es, en este caso, desde la actitud tomada por los escritores frente a la apropiación del lenguaje operada por la dictadura:

Los escritores argentinos se dividen entonces entre los que admitieron la apropiación de ese lenguaje y respondieron a ella, y los que se opusieron. Los que se opusieron a la vez se dividen entre los que permanecieron aquí y los que se fueron. (*Tramas*; p. 43)

Como se ve, las posiciones discordantes van más allá de una diferencia de matices. Lo que parece quedar en claro es que las intervenciones de

Heker-Cortázar y de Gregorich, entre otras, pusieron en escena un conflicto en el seno del campo intelectual provocado por la violenta irrupción de la dictadura: sumarse o no a ese conflicto fue una decisión ética y política que los escritores resolvieron de diferentes maneras. Si la recuperación de la democracia persuadió a los actores de que era necesario minimizar y aun negar el conflicto, las dimensiones que había alcanzado el mismo lo volvieron a colocar una y otra vez en el centro de la escena. Si todos los escritores fueron sometidos a la consabida pregunta acerca de la polémica entre los que se fueron y los que se quedaron -incluso en revistas de actualidad alejadas del quehacer intelectual- fue porque, inventada, provocada o surgida naturalmente, la polémica se transformó en la más importante que atravesó el campo intelectual desde los debates políticos de los *primeros* setentas.

¿Qué lectura puede hacerse de estos episodios veinte años después?. Hay, a mi juicio, dos debates en uno, como suele ocurrir en las sociedades asoladas por situaciones políticas altamente traumáticas. Uno, hacia el pasado, que tiene que ver con las responsabilidades políticas durante la dictadura -el debate sobre las responsabilidades de *antes* de la dictadura será central en años posteriores- y que reescribe de algún modo la controversia *unidad/diferencia* entre vanguardia estética y vanguardia política que había atravesado los debates sobre el “compromiso” de los años sesentas y los *primeros* setentas. En este sentido, contrastan los discursos más militantes y *sesentistas*, como el que sostiene Heker, con otros más ligados a la “campaña antiargentina”, como las expresiones de Marta Lynch, que fueron blanco de numerosas y justificadas críticas. Otro, hacia el futuro, que comienza a delinearse cuando se plantea -primero marginal y luego centralmente- la reconstrucción del campo intelectual una vez que terminase la dictadura. ¿Qué prerrogativas exigirán los exiliados cuando regresen?; ¿qué privilegios reclamarán los que, a pesar de todo, se quedaron en el país?; ¿quiénes serán los convocados en la naciente democracia para reconstruir una cultura en ruinas?; ¿qué reconocimiento social y político recibirán unos y otros?; ¿cómo se redistribuirán los puestos de trabajo en la universidad, en los periódicos, en las editoriales?. Si se piensa, por ejemplo, en las frecuentes controversias que rodearon la reincorporación de profesores exiliados a los claustros universitarios, se pueden sacar dos conclusiones: que en aquellos debates la dimensión de futuro era tan importante como el juzgar las responsabilidades del pasado; que no parece ser cierta la afirmación de Orgambide, “no hubo ningún conflicto entre nosotros”<sup>157</sup>. Pero del regreso nos ocuparemos en el próximo capítulo.

---

<sup>157</sup> Incluso años después, Raúl Beceyro coincide con Orgambide: “... a partir de 1983 muchos de los que se fueron volvieron al país, se produjo la integración, sin grandes fricciones, de los que se fueron y de los que se quedaron, indistintamente, especialmente en la enseñanza, en las universidades, en los organismos dedicados a la investigación.” (“Los que se van y los que se quedan” [En: *Punto de Vista*, N° 41. Buenos Aires, diciembre de 1991; p. 16]).

Por último, si nos desplazamos del campo intelectual al más específicamente literario, otra lectura puede hacerse de las polémicas, porque en ellas puede verse -a veces explícita y otras implícitamente- una reconfiguración progresiva del campo que por los mismos años ya se advertía, según vimos, en la *Encuesta...* publicada por el Centro Editor. En la discusión acerca de cuáles son los escritores verdaderamente relevantes que están en el exilio y cuáles los que se quedaron en el país, se advierte de qué manera los escritores más jóvenes van reconociendo o no a los “consagrados”; de qué manera el exilio fue generando ciertos liderazgos y quiénes se constituyeron en verdaderos voceros grupales; de qué manera iban despuntando los “faros” generacionales. Cuando Juan Martini retruca la frase atribuida a Manuel Mujica Láinez, a su vez citada por Gregorich -el único escritor importante en el exilio es Cortázar-, respondiendo que de un modo igualmente caprichoso se podría invertir la afirmación y decir que Borges es el único escritor importante de los que se quedaron en el país; produce un cruce que es mucho más que una anécdota. En efecto, si diez años antes hubiera sido esperable que Mujica Láinez reivindicara a Borges y Martini a Cortázar -que, por otra parte, en el '81 prologó su novela *La vida entera*-, ahora las cosas habían cambiado sustancialmente. Del mismo modo lo advertía Liliana Heker cuando, mediante un golpe bajo argumentativo, le decía a Cortázar que si no recibía más manuscritos de jóvenes es porque se había transformado en un “clásico”. Parece evidente que por aquellos años la figura de Cortázar se desplaza, desde el gran modelo estético de los jóvenes escritores de los sesentas y los primeros setentas -Lynch y Gudiño Kieffer lo mencionan en la *Encuesta...* del '82-, hacia un modelo ético, al erigirse en la figura más destacada de la resistencia a la dictadura en el exilio. Inversamente, Borges, el otrora cuestionado “faro” de la *intelligentzia* liberal, el que inicia el período dictatorial en un almuerzo con el presidente, era reconocido por Piglia como *il miglior fabbro* y, según vimos, está prácticamente fuera de los debates que enfrentan a exiliados con los que se quedaron en el país. Sí, en cambio, Ernesto Sábato estuvo en el centro de los debates: aunque hacía tiempo que su figura de escritor se había opacado, su persistencia en mantener una presencia pública de alto perfil le ocasionó no pocos problemas. Así, contrastan la verdadera saña personal con que lo ataca Osvaldo Bayer en su “Pequeño recordatorio para un país sin memoria”, con el reconocimiento respetuoso de Sarlo y Altamirano:

Il y eut quelques exceptions: Ernesto Sábato qui déplorá los morts et les disparus et denonça la censure, l'esprit de revanche et le campagne chauviniste déclenchée contre le Chili depuis le début.<sup>158</sup>

---

<sup>158</sup> Sarlo, Beatriz (seud. Eisen, Martin). “Misère de la culture argentine” (En: *Les Temps Modernes. Cit.*; p. 234).

Y estas palabras del breve texto que escribió en la oportunidad [la muerte de Jean Paul Sartre] Ernesto Sábato para la revista *Arte nova* resume muy bien el sentido más moral que político o filosófico del homenaje: “Los mismos que no han abierto la boca ante la trágica calamidad que hemos sufrido, son los que escriben mezquinas diatribas”.<sup>159</sup>

Con Cortázar muerto en el '84 y Borges en el '86, y con Sábato neutralizado intelectualmente como una suerte de comodín llevado y traído por funcionarios radicales, el campo literario se encontrará sin referentes - ya sean éticos o estéticos- y deberá reconstruir su propia fisonomía en el mismo momento en que se discutía la reconstrucción democrática; sin embargo, ese reordenamiento había comenzado, según vimos, en las polémicas que hemos reseñado.

---

<sup>159</sup> Altamirano, Carlos. “El intelectual en la represión y en la democracia” (En: *Punto de Vista*, N°